

La Esfera

Año II * Núm. 91

Precio: 50 cénts.



PATHÉ FRÈRES

VENTA DE CINEMATÓGRAFOS

Alquiler de películas de todas las marcas

:: :: de Europa y América del Norte :: ::

REPRESENTANTE EN MADRID Y SU PROVINCIA:

J. CAMPÚA D.^a Bárbara de Braganza, 22

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi ☐ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos

Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses . . . 15 "	Seis meses . . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año 25 pesos, moneda nacional

(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:

Sres. ORTIGOSA y COMPAÑÍA—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de

Correos 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica

::: y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 :::

TAPAS

para la encuadernación de

"La Esfera"

confeccionadas con gran

lujo

PRIMER TOMO PARA EL AÑO DE 1915

A 4 pesetas el juego de tapas para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE Prensa Gráfica (S. A.)

:- HERMOSILLA, 57 :- MADRID :-

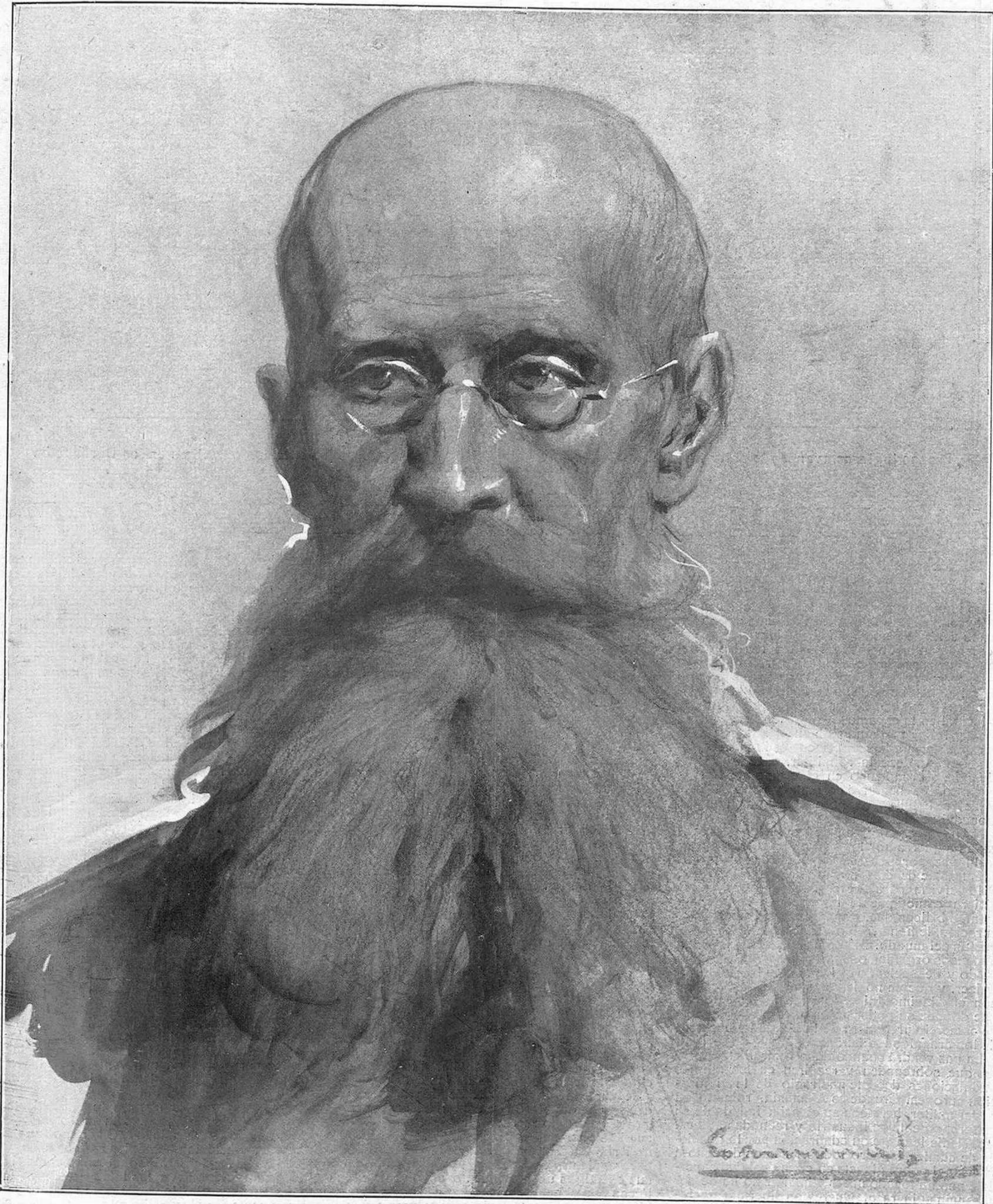
Para envíos á provincias añádanse 0,40 de correo y certificado

La Esfera

Año II.—Núm. 91

25 Septiembre 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



GENERAL IVANOFF

DIBUJO DE GAMONAL

Comandante en jefe del Ejército ruso del Luck, vencedor en Tarnopol

DE LA VIDA QUE PASA



Tropas inglesas avanzando entre las alambradas turcas, bajo el fuego mortífero de las baterías enemigas en los Dardanelos
DIBUJO DE MACPHERSON

LA GUERRA EUROPEA * PESADILLA SIN FIN

La descomunal tragedia que así enardece á los gigantescos histriones que la representan en el escenario de Europa como al público mundial que aterrado les contempla, parece aproximarse á la emoción sublime de los últimos actos. Ya no es difícil adivinar el desenlace; mas continúan incógnitos los terribles duelos ó inesperados accidentes teatrales que han de determinarlos. El Imperio ruso cuya grandeza moral se ha visto que no es inferior á la muchedumbre de sus combatientes, lleva hoy la parte principal en la espantosa contienda. El hecho de tomar el Zar el mando de su ejército ha sido para Guillermo II y Francisco José tan deplorable como un descalabro militar, pues la presencia del soberano ruso en el campo de batalla significa una negativa cortante y rotunda á los manejos habilidosos para conseguir que los moscovitas pidiesen la paz.

No hay paz. Ninguna de las naciones provocadas á guerra por los imperios centrales pedirá la paz por separado. No puede haber paz mientras se dé este nombre á una tregua que sólo serviría para que el gigante germánico recibiera cómodamente los formidables instrumentos bélicos que, tras lenta y pacienzuda preparación, le han servido para pretender la dominación del mundo. Bien á la vista está que los inmensos organismos militares se van quebrantando y deshaciendo en las manos inquietas del Kaiser, y que ya no le valen ni su familiaridad con el Altísimo, ni el formidable reclamo con que difunde su poder político, como un viajante de comercio pregonero de la bondad y baratura de los artículos industriales.

La paz vendrá cuando deba venir dictada por los que sobrenaden y respiren en las últimas ondulaciones de este naufragio de la civilización europea. Grande es Alemania, robusto su poder militar, hermosa su ciencia, indudable su cultura, potente su industria y refinadas sus artes. Nadie le niega su admiración por lo que tiene de admirable; pero todos tenemos derecho á vivir, y el pobre planeta en cuya desigual superficie nos ha tocado nacer y habitar no ha de ser para una sola raza. Queremos libertad; queremos que á todos se nos dé una parte de la justicia humana, reflejo de la divina. El soberano juez, de quien se dice único lugarteniente el caballero de Hohenzollern, ha de repartir sus miradas entre todos los mortales. No ha de ser toda

la protección para los luteranos como es creencia y anhelo de los católicos de acá que han perdido la chaveta. Protestaremos de que entre alemanes, austriacos y turcos se repartan bonitamente la protección del cielo.

Lo que comunmente se llama *Teatro de la guerra* ha llegado á tener en este momento de la Historia proporciones colosales. Componen este inmenso mapa las tierras bautizadas una y otra vez con los nombres de las batallas más famosas que ha visto la Humanidad, y las aguas que rememoran las más altas proezas marítimas. Toda la atención del mundo está fija hoy en Oriente. Millones de ojos se clavan en los planos militares; millones de cerebros se entretienen en calcular los hechos. Vivimos en un delirio de profecías y conjeturas. Hemos llegado á desviar nuestros ojos del laberinto telegráfico que diariamente nos trae la prensa, y no hacer más crítica que la que nos sugiere el sentimiento propio. A donde no llegan la técnica ni los testimonios que vienen de uno y otro bando llega la Fe, la íntima claridad de Filosofía de la Historia que á todos nos ilumina. Por esa Fe Histórico-Religiosa, que también es horror del absurdo, creemos en el triunfo de los aliados venga por donde viniere, y no concedemos parlamento á quien nos disputa esta firme creencia.

Atendamos ahora á las diferentes conjeturas y opiniones técnicas. Hay quien ve la solución en las operaciones de los rusos entre Varsovia y la frontera moscovita. Los alemanes tratan de provocar á los rusos á una batalla decisiva; pero las tropas del Zar no se dejan coger en la ratonera y se escabullen donosamente conservando toda su fuerza. Complemento de este plan por parte de los rusos es invitar á los germánicos á participar con ellos de las delicias invernales en San Petersburgo ó de Moscú. Claro es que por enloquecido que esté el Kaiser no se dejará coger en la ratonera de hielo donde todas sus ilusiones se desvanecerían como se desvanecieron las de Napoleón hace más de un siglo. Otra conjetura es que los rusos les preparen á sus enemigos un movimiento envolvente en las líneas que ocupan ahora ó en otras más favorables al caso. La estrategia es el recurso más sutil del arte de la guerra, y los súbditos de Nicolás II tienen campo extensísimo y extraordinaria agilidad para estos movimientos que pueden acabar en victoria por la desesperación y el cansan-

ciodel enemigo... Olvidemos por el momento estas conjeturas y vamos á las que nos ofrece el tremendo nudo de los Dardanelos.

¡Oh, los Dardanelos, Constantinopla, los turcos! Este sí que es nudo. Por desatarlo se han promovido espantosas guerras en la Edad Moderna, y ahora la actual guerra lo ha de cortar, pese á quien pese. Próximo está el fin y acabamiento del Imperio Otomano en Europa. Los augures profesionales y los que lo son por dilettantismo vaticinan este suceso; la fe de que antes habíamos lo asegura sin que de ello pueda quedar duda. A un tiempo se resolverán la cuestión de Oriente y la cuestión de Occidente. Resucitará Bélgica; Alsacia y Lorena tornarán al hogar francés. Volviendo hacia Oriente pasamos por la gloriosa Italia, á la cual también aplicamos nuestro incondicional optimismo... En los Dardanelos está lo más duro de esta contienda titánica. ¡Y qué hermoso escenario, qué pintoresca variedad de perspectivas, qué gala de colores, qué deslumbrante luz en el cielo y en las aguas! Desde que Júpiter convertido en buey se echó á cuestras á la bella Europa para llevársela al Asia todo ese canal donde á la sazón combaten los aliados contra Turquía es como un resumen de los más sublimes hechos de la Historia del mundo. Al término de este pasaje resurge el ensueño de Constantinopla con su Cuerno de Oro, su Santa Soffa, sus palacios en que habitan la voluptuosidad y el misterio, su apretado caserío del cual se destacan, amenazando al cielo los afilados alminares. ¡Felices los que vean á los soldados de Inglaterra, Francia é Italia entrar en esta incomparable ciudad llevando por delante la insignia del Cristianismo! Y la calamidad de la presente guerra será un mal venturoso si termina con el Exodo del Islamismo hacia sus primitivos solares africanos y asiáticos.

Si lo que anuncia nuestra fe clarividente es pronto un hecho, ¿veremos un nuevo Imperio de Oriente cristiano y eslavo? ¿O veremos una Confederación helénico-balcánica regida por un soberano que debe llamarse Constantino como el hijo de Santa Elena? A estas interrogaciones la fe aparta de sus ojos la venda que los cubre y graciosamente me dice: «Hijo mío, ya sabes que yo no veo».

Mi oficio es creer á ciegas. Cree tú también; déjate llevar de la mano por mi hermanita la Esperanza, y con los ojos de ésta, que son

ojos de lince, verás lo que hubiere cuando llegue la hora feliz».

No abandono estos lugares sin pasear mi fe por los Estados Balkánicos. Opinan los técnicos que las operaciones en los Dardanelos se enlazan estrechamente con la actitud de estas pequeñas nacionalidades que en parte deben su existencia á un origen diplomático. Si se pusiera en claro la existencia del convenio turco-búlgaro, tendríamos incompleta la conformidad de los países balkánicos con la *Cuádruple Entente*. Pero según parece, Bulgaria dilata su juego coqueteando un día con los aliados, otro con los imperios centrales, *viéndolas venir* como vulgarmente se dice. Las solapadas maquinaciones alemanas se ven y casi se palpan. Pero Bulgaria ha de mirarse mucho antes de ligar su suerte á la del moribundo corpachón otomano. Un eficaz avance en los Dardanelos, ó un fuerte achuchón de los moscovitas en la frontera rusa, pondría término á la indecisión de Fernando de Bulgaria, que en su astuto juego aún vacila entre la carta germánica y la carta turca. La conferencia convocada por Venizelos ha iniciado una jugada sincera y valerosa que parece ir derechamente al copo de la banca enemiga.

El contacto con esta ideal región, me mueve á sacudir de mi mente, las inquietudes de la pavorosa actualidad, y á lanzarme á los espacios mítológicos buscando los caminos de la Iliada donde encontramos entre los mortales, diosas tan lindas como Venus y Diana, y guerreros cuya grandeza supera á los modernos Federicos y Napoleones. En los propios caminos seguiremos los derroteros de Jasón, Tesco y Argonautas, huyendo de los sortilegios de Medea y Circe, presenciando el fin trágico de Agamenón, trabando amistad con Ulises hasta dejarle en el reposo de su casa de Itaca y en los brazos de la ingeniosa tejedora Penélope. Estas tragedias de la antigüedad nos embelesan más que las que vemos á nuestro lado. La cólera de Aquiles es más divertida que las arrogancias del Kaiser, y las voces trepidantes de los antiguos Oráculos, entretienen más que los bulos de las agencias berlinesas... Pero nuestra obligación nos llama al mundo moderno. Dejemos á Homero y Esquilo en su serena inmortalidad, dejemos á los furiosos Atridas y volvamos á Guillermo II, autor evidente del gran cisco en que estamos metidos.

Pero ¡ay! que junto al Kaiser vemos á Goethe y Schiller, y la admiración que nos inspiran los dos grandes poetas alemanes nos sobrecoje, y si el respeto nos hace enmudecer por el pronto, luego nos inspira el atrevido pensamiento de proponer al mundo un congreso de poetas ó magnos escritores, que unifiquen las encontradas opiniones que nos dividen en el modo de apreciar la presente guerra y la futura paz.

Ea: Ya está convocado el ideal congreso. Vengan por Rusia Tourgueneff y Tolstói; por Alemania los que ya están: Goethe y Schiller, mándenos Italia su Dante y su Tasso; tráiganos Francia su Molière y Víctor Hugo; Inglaterra, Shakespeare y Milton. La presidencia efectiva de esta asamblea pertenece al gran dramaturgo Guillermo Shakespeare y la honoraria á los griegos Homero y Esquilo, que, situados en los más altos cielos del arte, darán solemnidad al congreso con su sublime presencia silenciosa... Y ahora hablen los poetas y cesen en el Senado que los escucha las gárrulas disputas entre germanófilos y aliadófilos, que embrollan el problema, atajan el paso de la Razón y retrasan el triunfo indudable del Derecho y la Justicia. Perdonenme mis lectores esta broma que les doy arrancando el Juicio de Dios del campo de las armas para llevarlo al campo de las letras.

Por que lo que ocurre en el campo de las armas, bien claro está ya: la potente Germania está vencida. Todavía gallardea y embiste con bravura en los combates que se le ofrecen. El soldado alemán permanece impávido, ocultando con suprema dignidad su desfallecimiento. Pero el pueblo, la sociedad civil que en ciudades y aldeas del Imperio aguarda tristemente el fin de la guerra, ve convertidas en humo sus ilusiones de mayores grandezas, ve y palpa el encarecimiento de la vida, la paralización en los talleres, el hondísimo desmayo precursor de la muerte en todos los negocios industriales y mercantiles. Sin probabilidades de conquista en territorios próximos, sin colonias en los mares lejanos, Alemania vive hoy exclusivamente de una actividad epiléptica dentro del imperio, y de un verbalismo jactancioso lanzado al exterior con estallido de cohetes.

En cambio Inglaterra y Francia en su existencia moral nos ofrecen caracteres muy distintos. Ambos pueblos afrontan valerosamente las cala-

midades de la guerra, y en el fragor de la lucha conservan una serenidad majestuosa y hacen gala de una virtud soberana: la paciencia que, fortificada por la reflexión, conduce infaliblemente á la victoria. Ved el profundo sentido de la realidad con que Inglaterra y Francia, después de cerrar á los alemanes el camino de París, se consagran con admirable aplomo á contener al enemigo, tomándose tiempo para igualar y aun superar á los alemanes en el acopio de municiones. Lo que Alemania produjo en largos años de preparación, Inglaterra y Francia lo han hecho en meses. La maravillosa actividad de la fabricación inglesa, dirigida por el inmenso estadista Lloyd George, es como un milagro de serenidad y paciencia. Francia no le va en zaga, y sus talleres suministran fabulosas cantidades de proyectiles. Se avecinan los acontecimientos definitivos: el choque de la paciencia reflexiva contra la furia descompuesta.

Aguardemos tranquilos el final de la tragedia, sin desear que se precipite. Y esperémoslo embozados en nuestro optimismo, llevando por delante la Fe que sin ver, ilumina y conforta. Pasemos por alto las incidencias de la tirantez de relaciones entre Alemania y los Estados Unidos, el estira y afloja de Bulgaria, los triunfos de Italia sobre Austria, actos más positivos que brillantes pero de una eficacia indiscutible; dejemos también las anunciadas ventajas de los aliados en los Dardanelos, las hecatombes de Armenia, el ir y venir de rusos y germanos en las Estepas del Norte; dejémosnos todo eso, y apartemos los ojos de la inextricable confusión de los telegramas, que diariamente nos ofrecen los periódicos afectos al uno y otro bando, y continuemos aguardando la solución encastillados en las atalayas del bendito optimismo. Hay que decirlo mil veces. En esta catástrofe de grandeza mundial, bien examinados los elementos que intervienen en ella, no hay cosa peor que entregarse á la desesperación y al pesimismo. O hay Providencia ó no hay Providencia. O una suprema Razón gobierna al mundo, ó el mundo está entregado á las potencias de la Sinrazón. Locos están los que en este caso no se abracen á la santidad del Optimismo. La Fe ciega y persuasiva me anuncia la resurrección de Bélgica y el triunfo de la Razón y la Justicia.

B. PÉREZ GALDÓS



Automóviles del Estado Mayor inglés, atravesando la línea de fuego para transmitir órdenes durante el combate

DIBUJO DE MATANIA

LOS SUEÑOS DE PÍ Y MARGALL

Murió Pi y Margall en 1901: hace catorce años. Tuvo tiempo de ver confirmados muchos tristes augurios sobre el destino de su patria; pero llegó al término de la vida creyendo que Europa caminaba lentamente, con paso firme, hacia la única unidad posible, fundada en intereses y en sentimientos de paz. Su espíritu, severo y receloso, no era inclinado a la ironía. Si llega hasta la región de los inmortales, donde mora, el eco de estas luchas—las «luchas de nuestros días», más sanguinarias, más cruentas que las contiendas de la edad de hierro—, el espíritu de aquel hombre de ideas tendrá que conformarse con elevar una protesta más contra los hechos.

Ya estaba acostumbrado. La política fué para él escuela de adversidad é intervino ó presenció tantos episodios de la historia de España, que no habría de sorprenderle ahora ver cómo sus compatriotas andan á tiros sobre la misma tierra en que quieren erigirle una estatua. Su memoria debía ser ejemplo de serenidad y de compostura en las más violentas pasiones. Sin embargo, al honrarla, unos cantan la Marsellesa y otros *els Segadors*. Juega la *browning*. Se derrama sangre y queda entre hermanos lo que es peor aun que la sangre, el odio.

¿Qué es esto sino un relámpago de la gran tormenta de Europa? Fué don Francisco Pi y Margall uno de los raros hombres públicos que acertaron á unir el pensamiento local y los sucesos locales de España con la marcha de las ideas y de las cosas al otro lado de las fronteras. Sin duda por eso estuvo tantas veces fuera de la realidad. Su criterio no era el del momento, ni el del sitio. Pero volved á coger hoy su obra vulgarizada, *Las Nacionalidades*, seguidle en los estudios históricos, en los diálogos y hallaréis una fuente de agua viva, mientras otros discursos, otros libros, otros artículos de propagandistas más oportunos están secos ó ofrecen agua estancada. Y hoy es, precisamente, cuando habrá pocas lecturas tan de actualidad como las páginas que escribía D. Francisco allá por el año 76, reciente el fracaso de la Revolución y en vísperas de largos años de paz interior y de acomodamiento, claudicación ó adaptación de las conciencias.

Pi y Margall quería—como es sabido—que todos los pueblos fueran dueños de sí mismos. Su ideal eran grandes federaciones voluntarias de nacionalidades que conservaran su respectiva personalidad: la variedad dentro de la unidad, según fórmula muy propia de la época. Proclamaba la prioridad y el triunfo del Derecho cuando brillaba más temible que nunca la espada de Bismarck. Condenaba el estado de fuerza en que vivía—y vive—Europa. ¿Cuándo fueron escritas estas palabras? «Hay siempre en Europa uno ó dos pueblos que pretenden ejercer sobre los demás cierto predominio, una como hegemonía parecida á la que sobre las ciudades de los antiguos griegos procuraron tener hoy Atenas, mañana Esparta, al otro día Tebas; de ordinario, antojadizos y soberbios, dan margen á frecuentes usurpaciones y guerras. Cuando no las promueven ellos, las suscita ya el temor de los amenazados, ya el furor de los oprimidos, ya el general deseo de atajar la creciente tiranía...» Si puede decirse que esta guerra empezada en 1914 es la guerra del predominio germano ó británico, también se puede asegurar que es la guerra del miedo, del temor mutuo, de la desconfianza y el recelo por los armamentos,

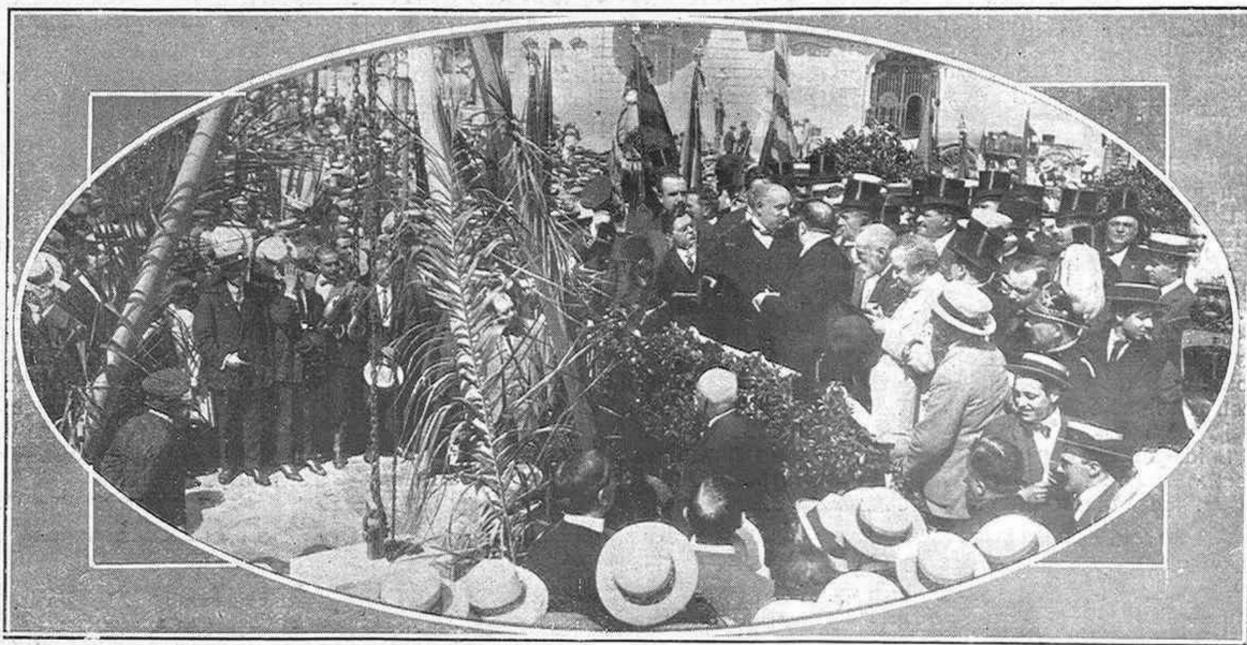
y bastará acordarse de la suerte de Servia para ver que en efecto es peligrosa la opresión de los pueblos pequeños. —Recorro la historia de Europa—decía Pi y Margall—y no veo más que una larga y no interrumpida serie de mútuas invasiones. Ningún pueblo desperdicia jamás ocasión de ensanchar su territorio. No le importa que al efecto deba agregarse gentes de otra lengua, de otra raza, de otra religión, de otras leyes, de otras costumbres, de otros continentes. Inglaterra ocupa sin rubor parte de Francia, Francia, Alemania y España parte de Italia; España los Países Bajos; Rusia no halla ni en ríos, ni en mares, ni en montañas, fronteras que la detengan...»

Es muy interesante ver el estado de espíritu de la época en que escribió Pi y Margall *Las Nacionalidades*. Para que fuese más patente el triunfo de la fuerza bastaba la guerra del 70 que acababa de construir una Europa nueva. Los cuarenta y cuatro años de paz europea—relativa

plantas...» —Y la obsesión principal; la que domina en el mundo, antes y después de la paz de Versalles, la que, recordada hoy, ilumina muchos aspectos de esta guerra es la obsesión de Rusia, del peligro eslavo. —Es una perpetua amenaza—decía Pi y Margall—para las demás naciones del continente; un peligro tal que para conjurarlo fortificó Luis Felipe á París, promovió Luis Napoleón la guerra de Crimea. «La nación monstruo tiene también su criterio sobre las nacionalidades. —Yo soy—dice—la raza eslava. Los eslavos todos me pertenecen. Fundándose en las fronteras naturales halla motivos para corregir sus límites de Occidente y llevarlos á los Balkanes y los Cárpatos. Fundándose en la teoría de las razas Bohemia, Hungría, Servia, Lituania, Eslovenia y parte de Pomerania, Lusacia, Silesia, Moravia, Bosnia, Valaquia. —¿Dónde fijará sus límites—preguntaba Pi y Margall en el año 1876—. Lejos de creer que los haya traspasado se afana Rusia por retirarlos. Tres veces

intentó apoderarse de Constantinopla. Rebasó el Cáucaso y está ya en las orillas del Araxes, el antiguo Araxes. ¿Se detendrá mucho tiempo en las del Amur que las separa de China? —El panslavismo era el gran peligro de Europa. Si alguna misión podía atribuirse entonces á Alemania era la de contener el aluvión eslavo.

Y si queremos—en estos tiempos de pasión parcialista—un resumen de los juicios de Pi y Margall sobre los pueblos de su época helo aquí, en pocas líneas: —«Alemania va á la cabeza de Europa; los Estados Unidos á la de América; aquella más por su



Acto de la colocación de la primera piedra para el monumento que ha de erigirse, á la memoria del ilustre patriota Pi y Margall, en Barcelona. FOT. BALLELL

pensamiento que por su acción; éstos por su actividad sin límites. Es Alemania la reina del mundo en filosofía, en ciencias, en artes; y los Estados Unidos en la aplicación de los progresos del entendimiento á las necesidades de la vida. Si se escapa á la una ó á la otra nación el cetro, se lo verá, de seguro, en manos de Inglaterra. Inglaterra participa de la actividad de los norteamericanos, que son sus hijos y de la fuerza intelectual de los germanos, que son sus padres, sin ser tan realista como los unos, ni tan inclinada como los otros á la abstracción y al idealismo.» —«¿Cuánto camino andado desde entonces! —«... Francia, con ser una de las primeras naciones, está en lo material por debajo de Inglaterra, en lo intelectual por debajo de Alemania. Desenvuelve con brillantez y difunde las ideas ajenas; no abunda en las propias. Quiso dominar y ha dominado en Europa por su influencia y sus armas; y perdió ya ese predominio.» —Es el influjo inmediato de la derrota del 70. Verdad que el pensamiento alemán era anterior, de 1780 á 1850—véase la obra de Taine y de Renan—pero el hecho, la explosión transmisora fué la guerra.

Puesto que la realidad actual es así dediquemos una hora para soñar en la paz y el resto para prevenirnos contra la guerra. Varón justo y varón fuerte vienen á ser términos equivalentes. En los días de Pi y Margall, España preocupada con sus luchas internas no acertó á desenvolverse ni á prepararse. Alejando su espíritu de las contiendas exteriores creyó que se alejaba también corporalmente. Y estábamos desprevenidos de fuerza material y de fuerza moral.

Después del 70 quedaban en pie todos los pleitos internacionales. Pi y Margall veía claramente la trayectoria de Alemania, comprendía el peligro de la expansión de Rusia y adivinaba el porvenir de Italia. Todas las naciones usaban de violencia: —«Quiso Prusia ser la nación preponderante de Alemania para hacer después de Alemania la nación preponderante de Europa. ¿Quién se lo había de estorbar? ¿Francia que estaba entonces realmente á la cabeza de las demás naciones? Se aprestó cautelosamente á luchar con Francia y luego que pudo fué á humillarla en los campos de batalla. La tenía vencida en Sedán y habría podido imponerle humillantes condiciones; pero quiso abatirla más presentándola á los ojos del mundo rota y destrozada por los pies de sus caballos y continuó la guerra. ¡Siempre la misma lucha! ¡Siempre el mismo afán por levantarse unas sobre otras las naciones!» —«Italia, no lo dude el lector—agregaba—abriga los mismos pensamientos. No los descubre porque siente aún vacilar el suelo bajo sus

Muchas otras ideas capitales, de interés actual, pueden hallarse en el autor de *Las Nacionalidades*. No caben—¡claro está!—en un artículo breve y rápido. Por ejemplo, la protesta por la esclavitud de Polonia. Conforme hablaba él vuelven á hablar hoy los polacos. Lo que sí se ha apagado es la fe en la unidad de Europa. Creía Pi y Margall que los intereses generales pondrían término á las guerras en Europa. Pero siempre se cuidó de advertir la fuerza de los hechos contrarios. —«Yo estoy porque el mundo, si no marcha, debe marchar á la unidad». —No marcha, no. Todo idealista tiene que cobrar fuerzas para compensar luego este momento de retraso.

Luis BELLO

dos los entusiasmos estéticos, como en la paz de un tigre acostado se presente el salto brusco con un brillo de ojos auriencendido y de garras corvas.

Y no obstante, Irene Narezo quisiera pasar inadvertida, junto al talento enorme y frente al arte maravilloso de su marido.

Contempla al amado y á los cuadros del amado, tan ungidos de paganía noble y sana, como una humilde burguesita que nada comprendiera y á quien todo deslumbrara de desconocido. Por eso cuando, sorprendidos, vemos los cuadros de Irene Narezo, nos extraña cómo son de personales y cómo son tan aislados de este amor y de esta admiración que no sabe ni quiere ocultar. Imaginamos hasta qué punto la dama del cabello rubio, los ojos negros y las manos blancas, ha debido violentar su espíritu para no caer en una imitación inconsciente —y después de todo, lógica— de Federico Beltrán.

Todo lo contrario. Irene Narezo pinta como si allí mismo, junto á ella, en ese estudio encantador de la Travesera de Dalt, no se realizara diariamente la obra de uno de los más grandes pintores de la España actual.

—¿Cómo no ha influido en usted su marido?—la pregunté.

Antes de contestar, se ruborizó y le miró temblorosa y abnegada como una niña donde se acurrucase un alma de mujer.

—Sería como una irreverencia—contestó—, rompería antes los pinceles.

Y así, como abandonada en un silencio y una soledad fecundas, va creando sus cuadros, temblorosos de ingenuidad y de emoción. Un sentimiento



"La maja del abanico", dibujo al carbón de Irene Narezo

dulce, vagaroso, los niebla de melancolía. Ama las notas plácidas, los acordes tranquilos, los ojos serenos. Y también los enigmas femeninos, como el de esta *Enlutada* sobre una pompa de rosas y envelado el rostro. La misma unción tranquila que pone en los cuadros de figura, presta á sus notas de paisajes la idealidad soñadora y el éxtasis alucinado.

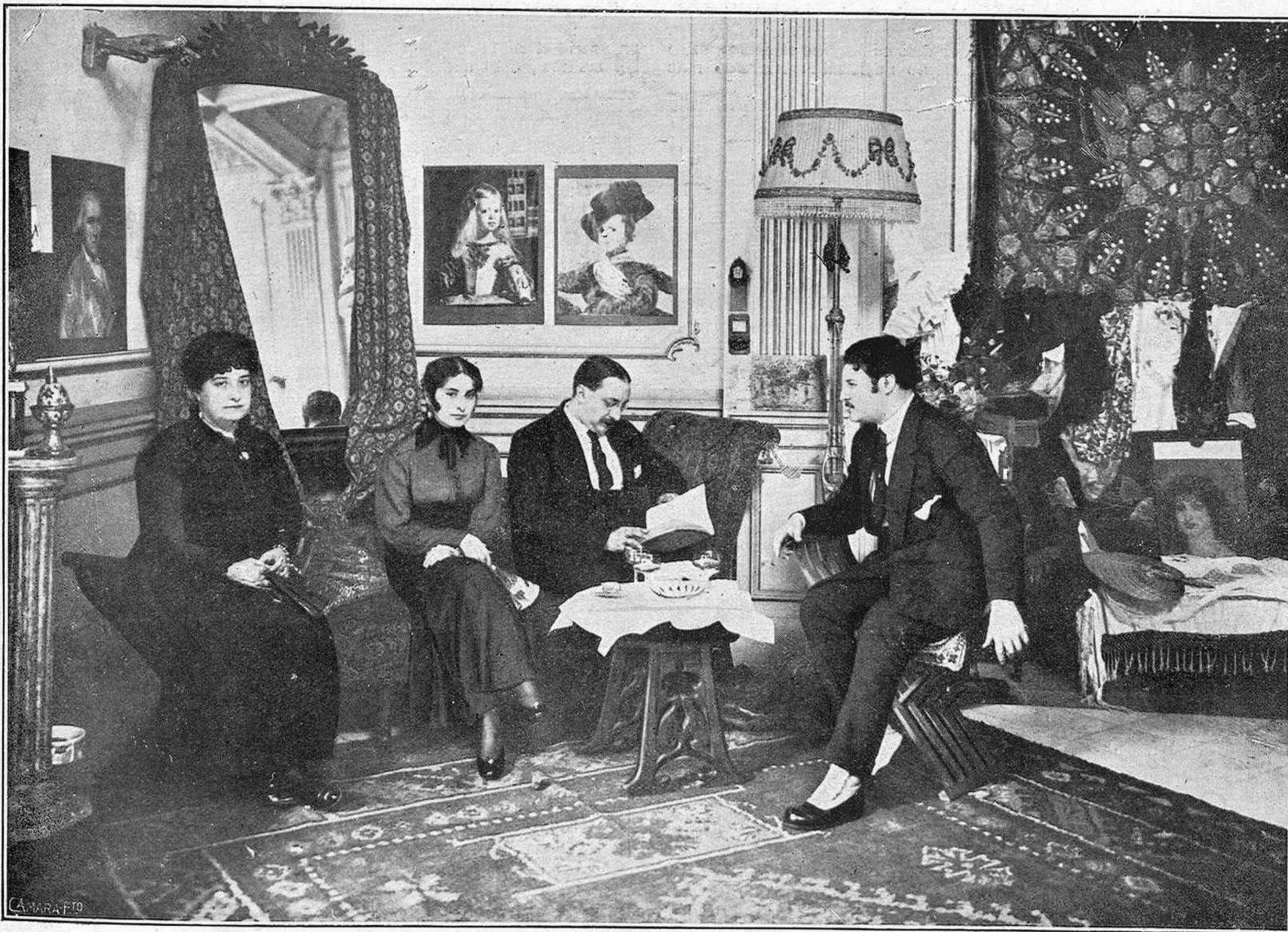
Antes que momentos de aire y de luz sobre la naturaleza, son estos paisajes estados de alma, vistos como al través de un cristal levemente enturbiado por la lluvia, como á través de unas lágrimas gratas, de felicidad. Y todos ellos, lo mismo los retratos de mujeres que los paisajes, tienen detalles de un primitivismo encantador, de una sutilísima inocencia, mucho más laudable que bastantes maestrías técnicas.

Pasados algunos años, cuando Irene Narezo haya afirmado su personalidad, cuando logre cambiar en colores todo el caudal de sensibilidad que guarda en su espíritu, podrá decirse que su alma encontró un espejo exacto, como el espejo á que se miran los pavos reales de su espléndido jardín. Aquellos pavos reales que, mientras paseábamos por las umbrosas y perfumadas avenidas del señorial parque de los Beltrán, dieron lugar á una broma del autor de la maravillosa *Canción de Bilitis*:

—Mira. Fíjate, amigo Silvio—dijo burlonamente—ahí tienes un pavo real contemplándose al espejo, orgulloso de su propia belleza. Aquí, todos, hasta los pavos reales, somos artistas.

Y esto, que el ilustre pintor decía en broma, era verdad.

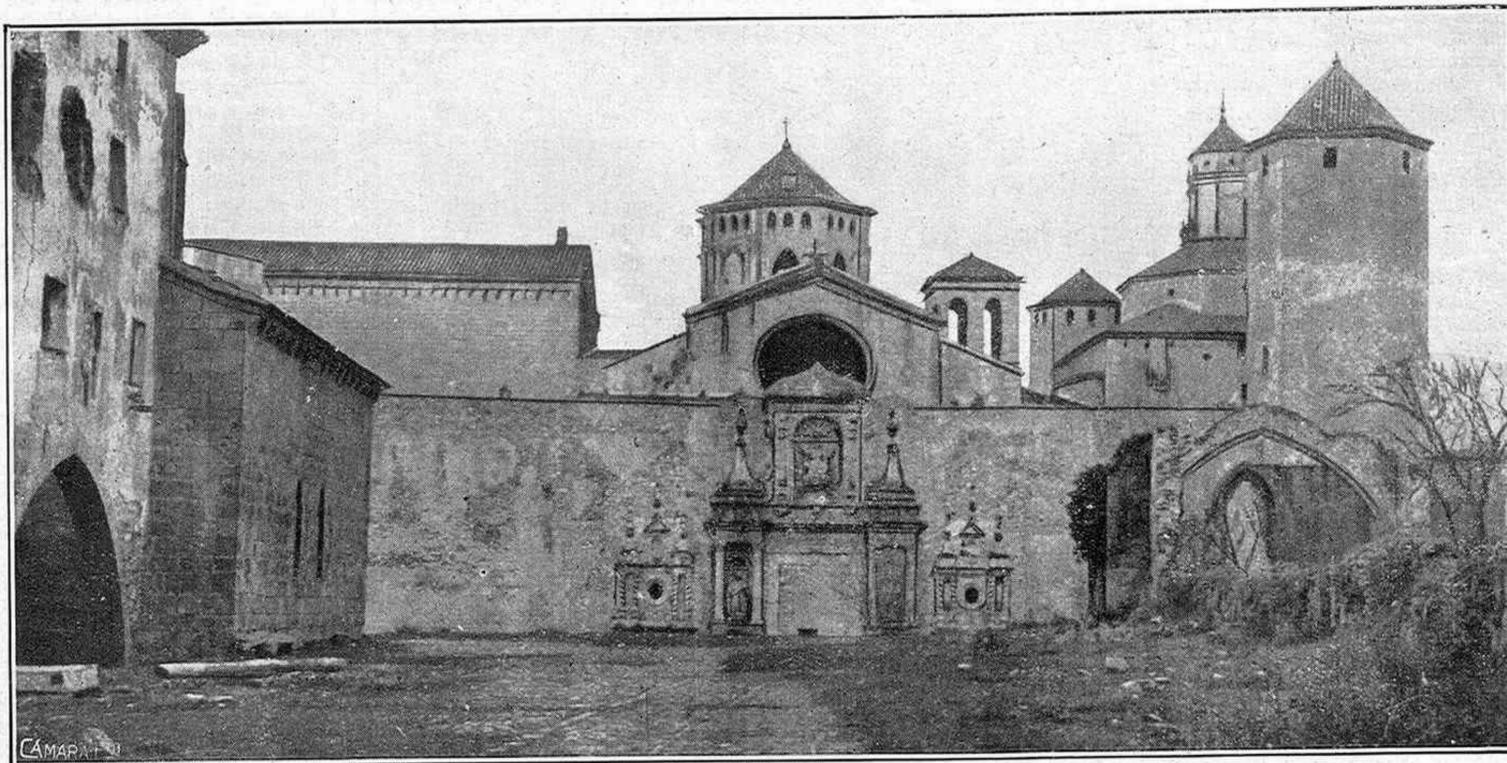
SILVIO LAGO



La notable pintora catalana Irene Narezo Dragone, en su estudio de Barcelona, acompañada de su madre, de su esposo, el ilustre pintor D. Federico Beltrán, y de nuestro compañero "Silvio Lago"

FOTS. SERRA

DE LA RIQUEZA DE ESPAÑA EN RUINAS
EL MONASTERIO DE POBLET



Vista del histórico Monasterio de Santa María de Poblet

FOT. AMAT

El grandioso Monasterio de Santa María de Poblet, panteón durante dos siglos de príncipes y reyes, de nobles y guerreros, una de las mayores riquezas arquitectónicas que dejó en España el gusto gótico de la Edad Media, y sin duda el monumento nacional relacionado más

íntimamente con los tiempos históricos más turbulentos y más brillantes, con los hechos que más decisivamente determinaron el poderío y la prosperidad de la patria, con los días de engrandecimiento y de conquistas que por lo audaces asombraron al mundo y por lo afortunadas



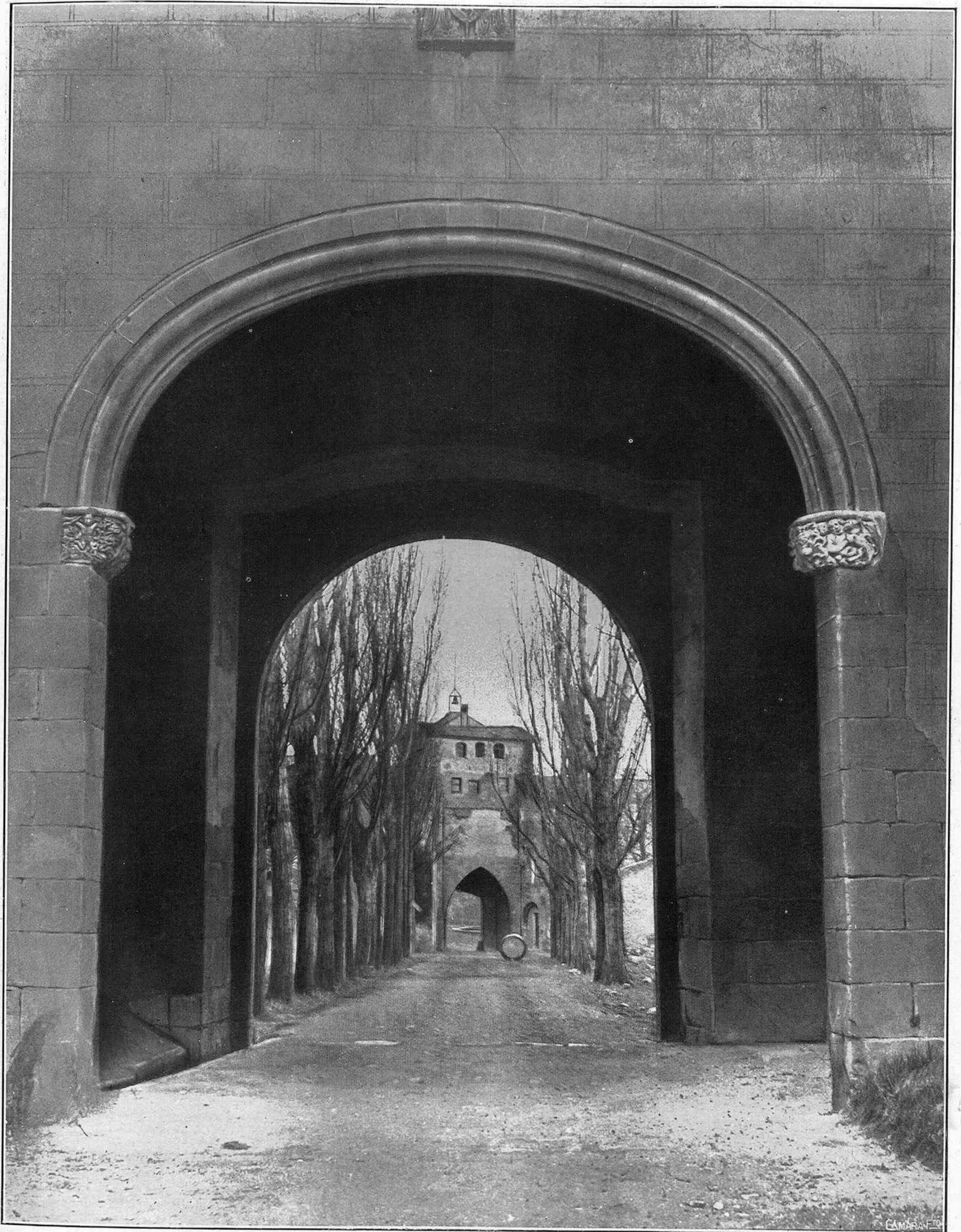
Portada de la capilla de San Jorge, en el Monasterio de Poblet



Escalera del palacio del rey D. Martín, contiguo al Monasterio

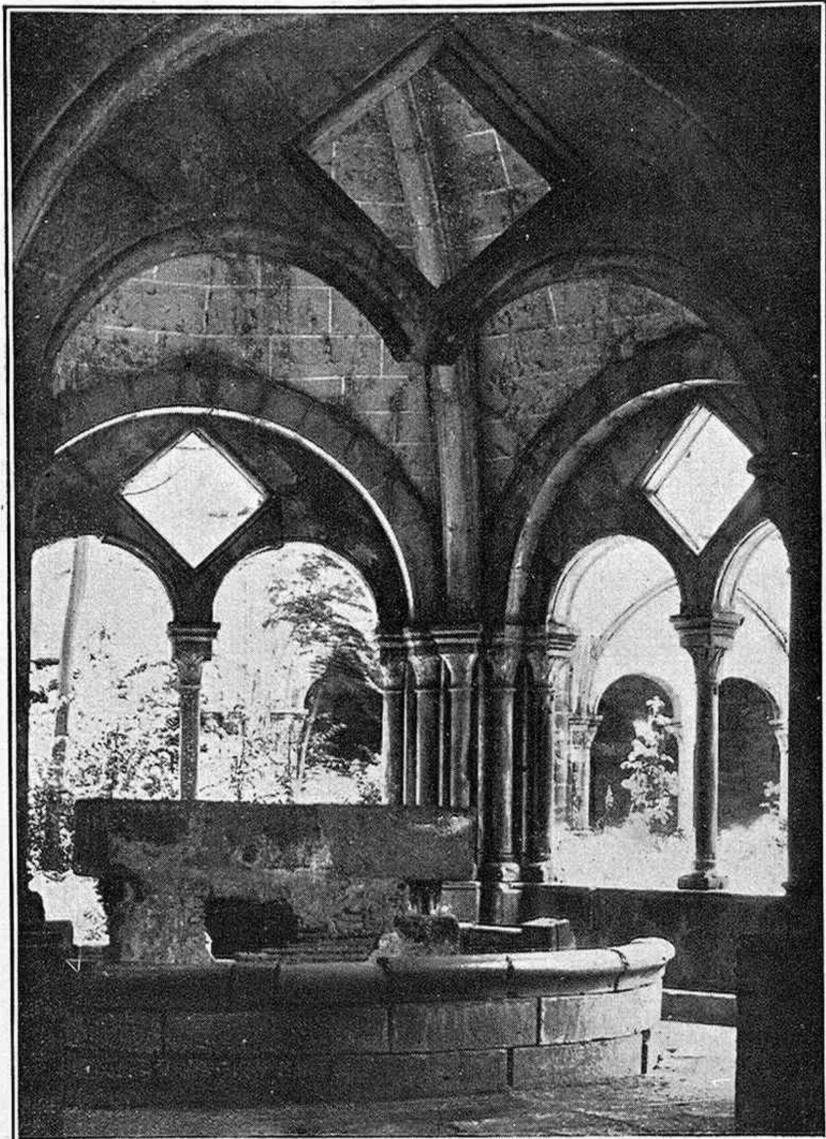
FOTS. CARCASONA

RIQUEZA ARQUITECTÓNICA DE ESPAÑA

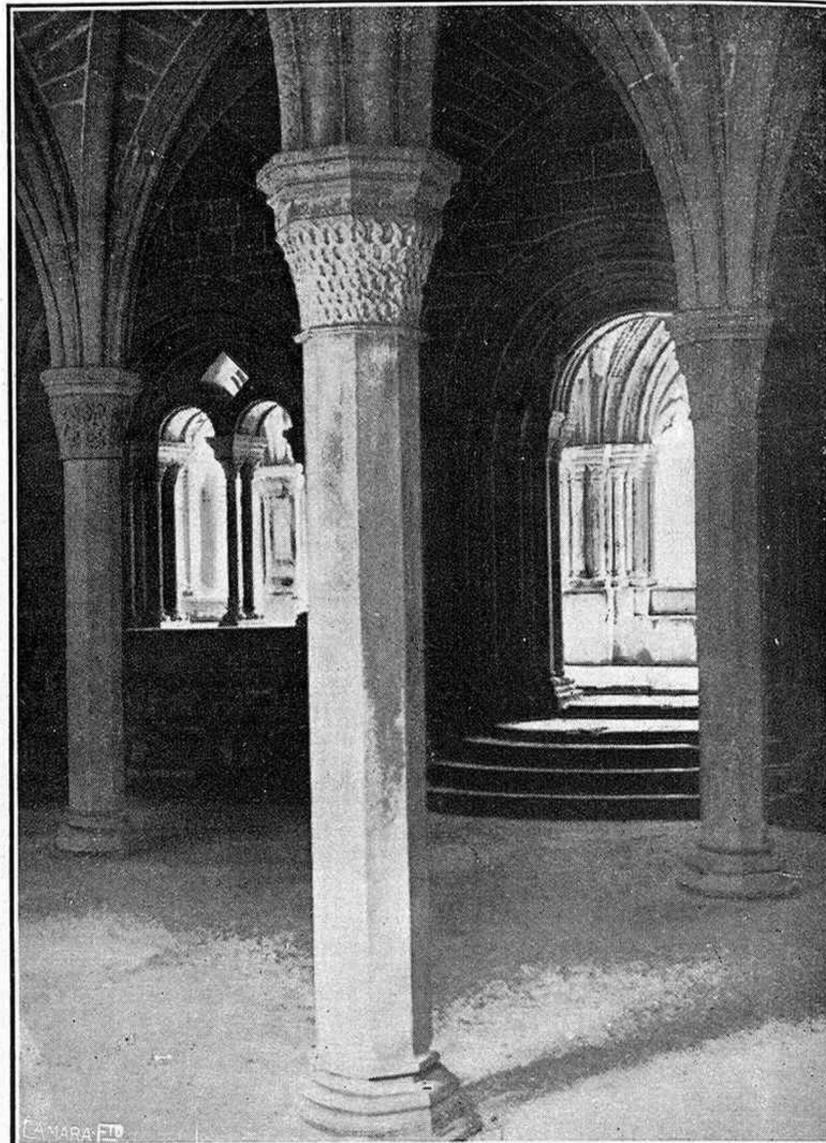


UNA DE LAS PUERTAS DEL MONASTERIO DE SANTA MARÍA DE POBLET

FOT. ANAT



Interior del templete, en el Monasterio de Santa María de Poblet FOT. CARCASONA



El claustro del Monasterio, visto desde la iglesia FOT. AMAT

dieron renombre de bravos á los ejércitos españoles, esa manifestación aportada del arte de otros tiempos que, sobre lo que fuera humilde ermita en el valle de Conca de Barberá, cerca de Tarragona, por el año 1120, levantó la munificencia de D. Ramón Berenguer IV, para dar decoroso asilo á los solitarios que con el anacoreta Poblet vivían en modesto albergue fabricado por ellos, junto á la capilla que por privilegio y donación de las tierras en que fué levantada, hizo el reymor Almira Almoniz, señor de aquellos dilatados parajes, hasta que en ellos plantara el pendón cristiano del condado de Cataluña el noble Ramón Cervera en 1148, esa mansión religiosa donde la predilección que por ella sintieron los magnates de Aragón y de Cataluña fué acumulando tesoros, imponiendo obras de reforma y embellecimiento que llegaron á convertirla en la más suntuosa de España, que por la solidez de su fábrica debiera haber resistido durante muchos siglos, para asombro y admiración de numerosas generaciones, para regalo de nuestros ojos y como perpe-

tua evocación de las épocas más brillantes del pasado, es hoy por efecto fatal de la barbarie desatada de un puñado de locos, que inconscientes del mal que hacían, fueron á satisfacer sus anhelos de destrucción bajo las bóvedas que encerraban tanta suntuosidad artística, casi un montón de escombros.

De aquel frenesí revolucionario que conmovió á España en 1822 y que trece años más tarde se reprodujo con caracteres más agudos, no sólo no libraron al grandioso Monasterio de Poblet su condición sagrada y magestuosa, sino que por el contrario, ambas particularidades hicieron que fuera en él más feroz la saña con que se

profanaron las cenizas de los que yacían en los sepulcros y las riquezas artísticas que guardaban aquellos muros venerables.

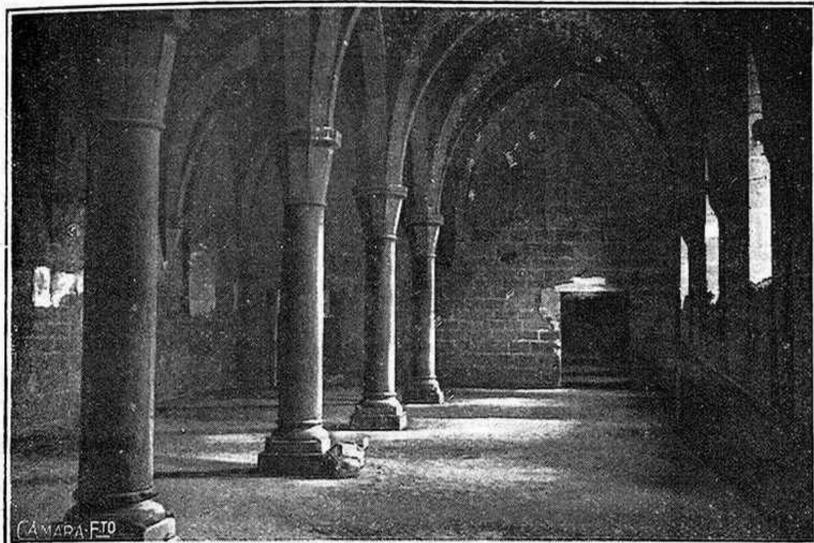
Las llamas devoraron en pocas horas la obra de tantos siglos, desplomáronse las bóvedas con estrépito, arrastrando envueltas en el polvo y en las cenizas aquellas primorosas labores que en frisos y capiteles, en basamentos y en cornisas, en sepulcros y altares, trazaran los artistas que en diferentes épocas fueron avalorando con sus hermosas obras el sagrado recinto.

Lo que no sufrió los efectos de las llamas y del derrumbamiento, fué bárbaramente destruido por las armas de aquellos energúmenos, que no contentos con reducir á escombros la bella arquitectura del templo y la Abadía, los cua-



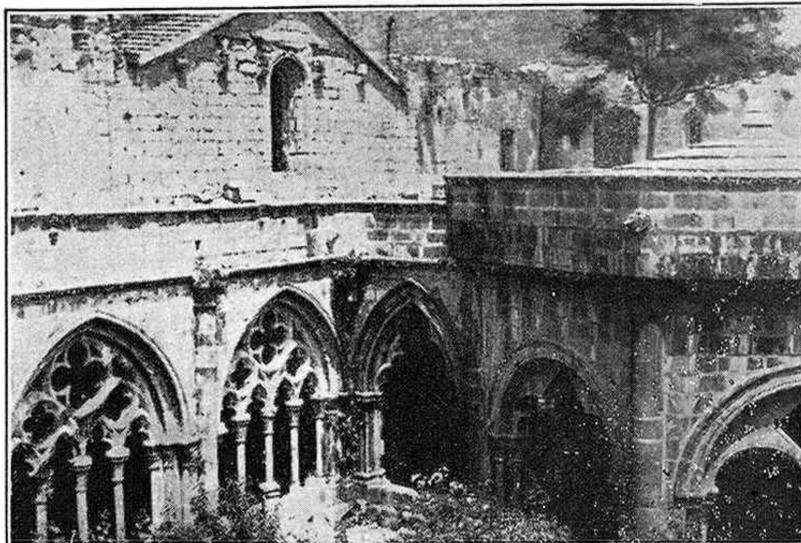
Un bello aspecto de la iglesia del Monasterio

FOT. AMAT



Detalle de una de las naves de la iglesia

FOT. AMAT



Parte del templo y de los claustros

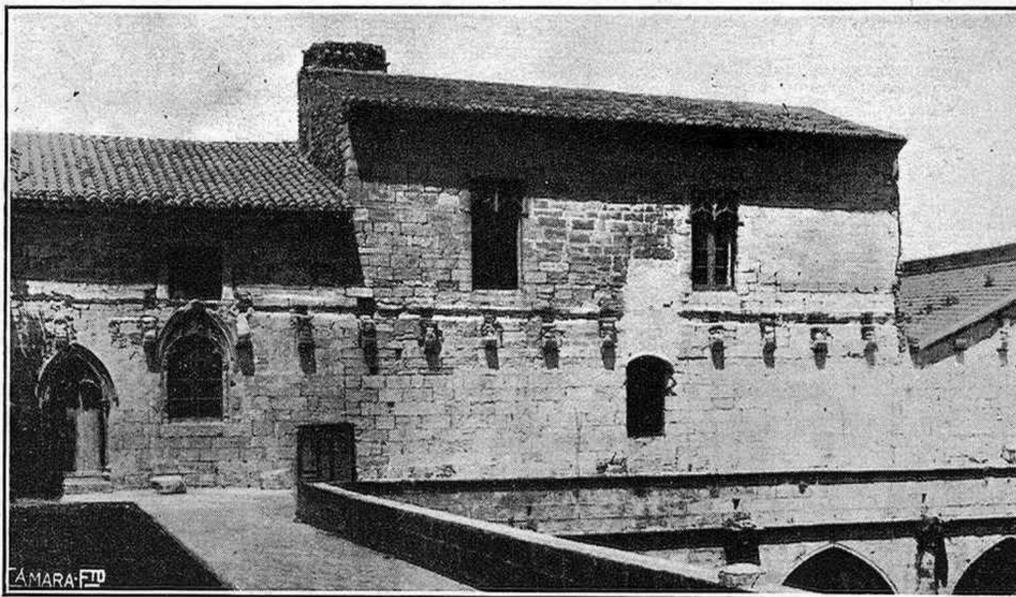
FOT. CARCASONA

dros y los tapices, los ornamentos y los libros, levantaron las losas de los sepulcros después de mutilar sus severas estatuas yacentes y las artísticas labores que labradas en la piedra los enriquecían, para sacar las momias de los reyes y de los nobles en ellos sepultados, ensartadas en las bayonetas y en los sables y pasearlas en procesión sacrilega hasta que deshechas y en pedazos quedaban aquí y allá, confundidas entre los escombros.

Hasta ese día aciago, la suntuosa fábrica de Poblet estaba defendida por un recio muro, traspuesto el cual encontrábase las viviendas de los labradores y sirvientes del Monasterio, y otro muro en el que se abría una gran puerta decorada con magníficas esculturas, construida en 1460. A mano derecha estaba la iglesia, cuya edificación costó D. Alfonso V de Aragón, IV de Cataluña y I de Nápoles, de donde envió en el año 1441 el primoroso retablo de alabastro que constituía una de las más ricas joyas del templo. La puerta mencionada abría sobre el atrio, en cuyas paredes hallábase pintada la historia del ermitaño Poblet, y donde eran recibidos los monarcas y nobles que frecuentemente visitaban el Monasterio.

Detrás de esta edificación, que aunque muy deteriorada subsiste en gran parte, encuéntrase la antigua fábrica de Santa Catalina, una de las tres que mandó levantar el conde D. Ramón Berenguer IV, y después de la hospedería y del palacio del Abad, que quedan á la derecha, se halla el recinto del Monasterio, que ofrece los caracteres de un castillo con torres, almenas y ladroneras, como la mayoría de las construcciones religiosas de aquella época de guerras y disturbios.

En torno de la iglesia mayor agrúpanse las dependencias monacales. En el mismo sitio que ocupó el antiguo claustro levantó Francisco I el que aún puede admirarse, llamado de San Esteban, en el que también existe aún parte de la pequeña



Parte del palacio del rey Martín, en el Monasterio

FOTS. CARCASONA

iglesia dedicada á este santo, otra de las tres que fundó el conde de Barcelona, y junto á la cual instaláronse las cámaras reales construídas en 1375, donde se albergaban los reyes y sus familias. Atravesando otro claustro contiguo á éste, y el locutorio, encuéntrase la librería, que dividen en dos hermosas naves cuatro columnas jaspeadas y cuyas paredes adornaban valiosas pinturas, entre ellas los retratos de D. Pedro Antonio de Aragón y de su esposa Doña Ana Catalina de la Cerda, duques de Segorbe y Cardona, favorecedores del Monasterio. Inmediata á ésta, hállase la librería antigua, y saliendo de ella, á la otra parte del locutorio, encuéntrase el bello claustro mayor, obra del siglo XIII, verdaderamente

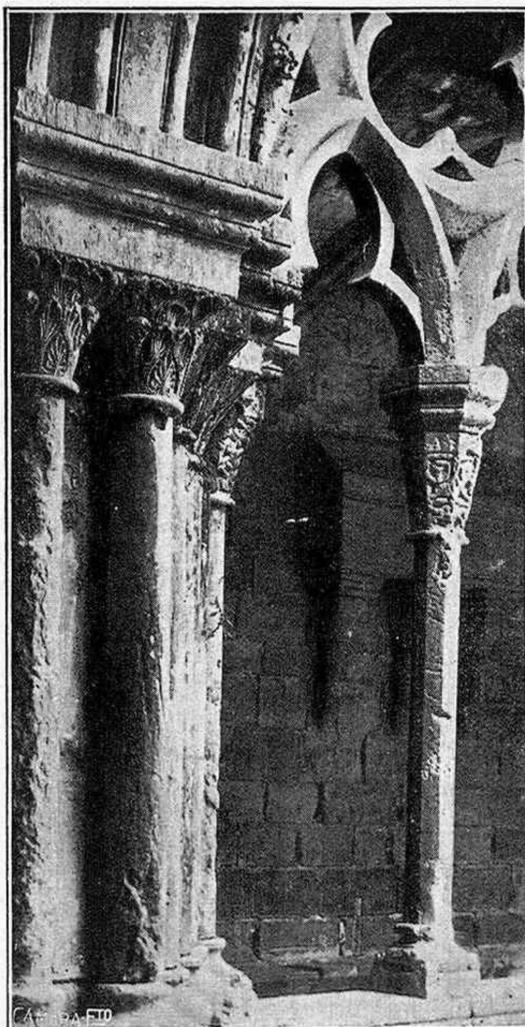
hermosa por la riqueza y buen gusto de las labores de sus ojivas y caprichosos rosetones, y cuyas paredes apenas se descubren detrás de los sepulcros, donde reposan numerosos personajes de la antigua nobleza. La sala capitular y el palacio del Rey D. Martín constituyen lo más interesante de esta parte del Monasterio, por los primores de su gótica arquitectura esbelta y elegante. El pacífico y sabio monarca, deseoso de acabar sus días en la quietud del claustro, mandó fabricar este edificio en 1397, pero muerto antes de que la obra estuviese concluída, quedó ésta incompleta, como se encuentra actualmente.

En la iglesia mayor, suntuosa por su arquitectura y por las bellas labores que adornan sus altares, descuellan los restos de aquellas sepulturas que guardaron las cenizas de los monarcas aragoneses y otras muchas personas reales, príncipes, infantes, nobles y guerreros cuyas estatuas daban evidente testimonio de su alta estirpe y cuyos nombres han pasado á las páginas de la Historia que perpetúa sus gloriosas hazañas.

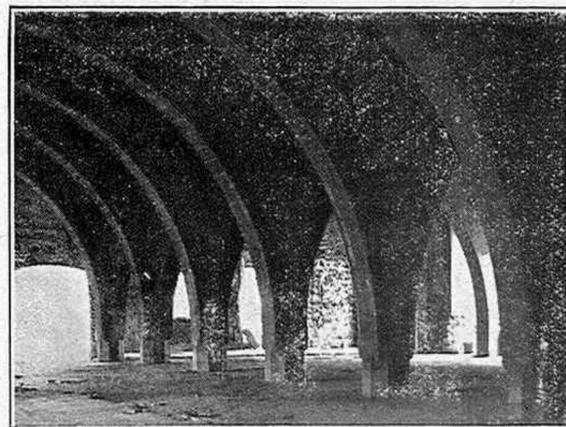
JUAN BALAGUER



Detalle del claustro de San Esteban

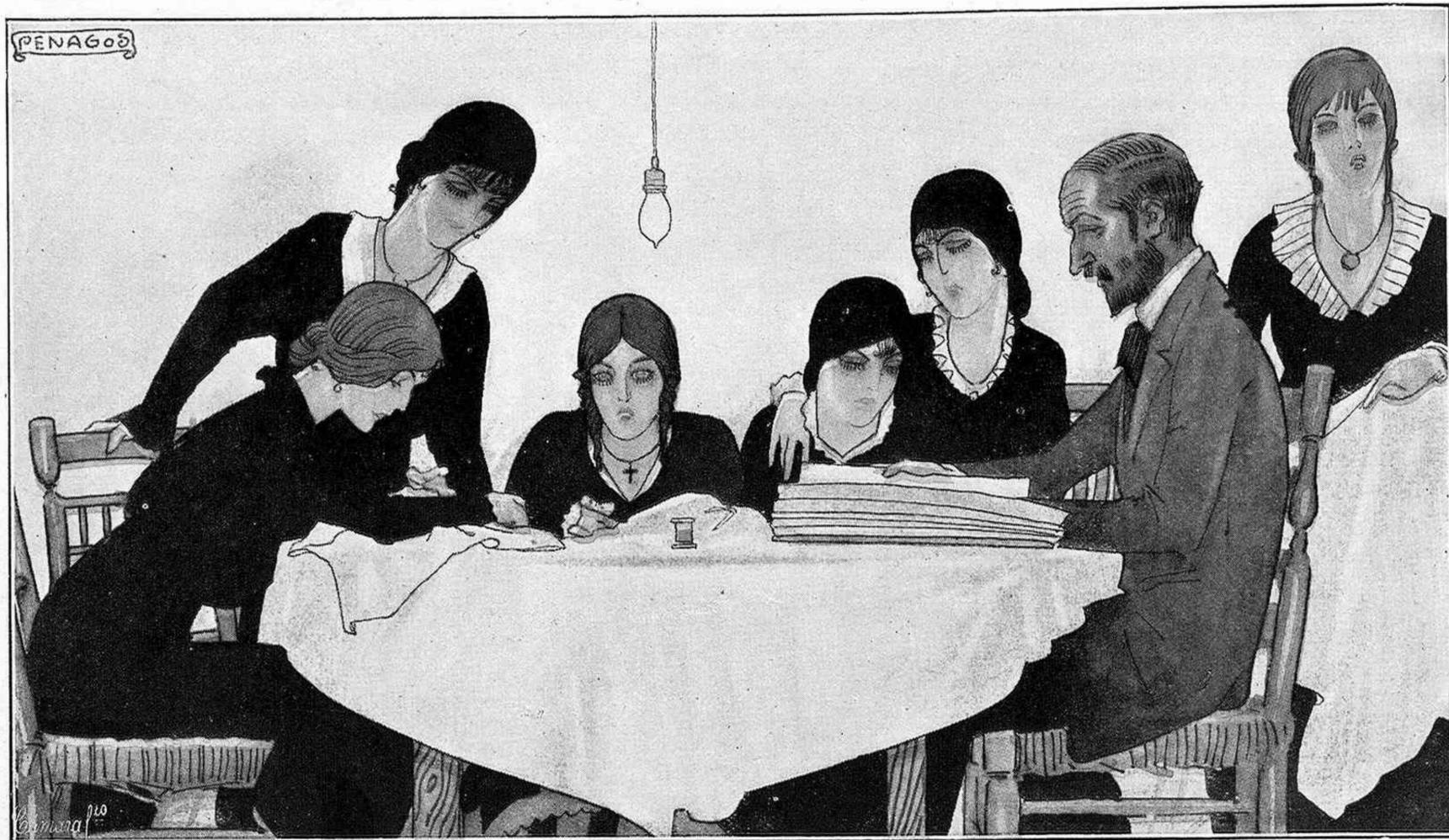


Columnas y capiteles de un claustro



Un dormitorio de los monjes

CUENTOS ESPAÑOLES



El profesor auxiliar

ESTABAN las seis muchachas en el comedor de la casa. El aposento revelaba extremada pobreza; una mesa de pino, con tapete de hule, diez sillas de enea, una bombilla eléctrica, sin pantalla, y nada más. Con la cabeza inclinada sobre la labor, las muchachas se afanaban á trabajar; unas bordaban, otras cosían, otras zurcían, otras hacían encaje. Eran hermanas las seis, y llevaban nombres de virtudes: Clemencia, Caridad, Fe, Esperanza, Prudencia y Piedad. Iban vestidas con mucha humildad y con mucho aseo; iban peinadas con mucha modestia.

Clemencia, la mayor, se puso en pie:

—¿No habéis oído?

Las cinco hermanas levantaron la mano con que trabajaban, dejándola en suspenso; ladearon la cabeza, dejaron vagar la mirada, como en éxtasis, y aguzaron el oído. Parecían cinco pájaros, en un instante de sorpresa.

Clemencia, con el brazo extendido, señalaba la puerta, sin mover los labios. Al fin murmuró afirmativamente:

—Papá.

Abandonaron, atropelladas, las labores, y, en un grande y riente revuelo, corrieron las seis hermanas á lo largo del pasillo, hasta la puerta de la escalera. Llegaba en aquel punto D. Clemente Iribarne, con el sombrero en una mano y limpiándose el sudor, si bien era invierno. Rodeáronle, disputándose la vez para abrazarle, y todas, á un tiempo, preguntaban:

—¿Qué hay, qué hay, papá?

—Dejadme que tome aliento, locas. Vayamos al comedor y allí os contaré.

Don Clemente colgó el sombrero de un clavo que había en el pasillo y se dirigió al comedor, seguido de sus seis hijas.

Tenía D. Clemente una de esas cabezas enjutas, encendidas y canas, que en la pintura española se repiten de continuo, como arquetipo único del género masculino, lo mismo para representar un noble que un pícaro, un purpurado que un lego, un magnate que un mendigo, un asceta que un borracho, un dios mitológico que un apóstol, un filósofo que un soldado; una de esas cabezas que no recordamos si pertenecen á la coronación de Baco, de Velázquez, ó á un mon-

je, de Zurbarán, ó á un mártir, de Ribera, ó á un aguador, de Murillo; en suma, la fisonomía estoica. En el rostro de D. Clemente descubriase nobleza de carácter y estrechez de inteligencia; por lo rapado y lustroso del traje y lo repasado de la camisa, adivinábase la escasez de sus medios de fortuna y la dignidad de su vida.

Las seis hijas eran lindas, con una lindeza que no se nutría de gracejo ó malicia de expresión, ni se originaba por sutileza de rasgos, sino que provenía de armoniosa modestia y quietud del rostro, á modo de manifestación sensible del espíritu.

Eran como las imágenes de esas vírgenes, más dulces que bellas, que se ven en las ermitas é iglesias aldeanas.

—Por fin, hijas mías—habló D. Clemente—, soy profesor de universidad.

Las hijas palmotearon. Luego, con las yemas de los dedos, enviaban besos á su padre.

—Cuenta, cuenta.

—El claustro se prolongó bastante. Había intrigas... Pero, la justicia prevaleció. Desde hoy, soy auxiliar de la nueva facultad de ciencias. Mañana, tendré ya que explicar mi cátedra de química.

—¿Y Ayuso?—preguntó Clemencia.

—Ayuso ha renunciado á ella. Dice que tiene mucho que hacer. La verdad es... que no sabe química. Era absurdo. ¿Cómo va Ayuso á explicar química superior? Se había hecho catedrático por influencias, pero, de química está en *albis*.

—¿Y de sueldo?—preguntó Clemencia.

—No sé todavía. Supongo que mil pesetas de gratificación.

—¡Mil pesetas!—exclamaron las muchachas, deslumbradas.

—No es gran cosa—añadió D. Clemente—, pero siempre son mil pesetas, que sumadas á las dos mil de mi auxiliaría del Instituto y á lo que vosotras, hijas mías de mi alma, añadís con vuestra industria, nos proporcionarán un mediano y decoroso pasar. Y ahora, basta de conversación, porque he de estudiar y prepararme para mi clase de mañana.

Salió de la estancia y volvió á poco con un

tomo de química. Se hizo el silencio. Las hijas trabajaban. El profesor estudiaba.

ooo

Es tradición de Universidades é Institutos españoles que los profesores auxiliares no sirven sino para tomarlos á chacota. En las breves ausencias del profesor numerario viene el profesor, auxiliar á sustituirle. Hay un sólo auxiliar para sin número de asignaturas, todas ellas de muy varia naturaleza, por donde se supone que el profesor no es docto en ninguna. Por esta razón, carece de autoridad científica. En la mayor parte de los casos, el profesor numerario no disimula el desdén en que tiene al profesor auxiliar. Este sentimiento se comunica á los alumnos. Y así, va el auxiliar á la cátedra, diez ó veinte días al año, no á continuar y llenar los vacíos que el numerario se ve obligado á poner en sus lecciones, sino para cumplir un precepto del reglamento, que prohíbe interrupciones en el curso. Sucede también que el auxiliar carece de autoridad moral. Su juicio ú opinión no cuentan á la hora de los exámenes, que es hora de penas y recompensas, de suerte que los alumnos saben que en la clase del auxiliar pueden cometer impunemente los mayores excesos. Cuando el bedel anuncia que el numerario no puede venir y aquel día dará clase el auxiliar, los escolares se relamen y aperciben á gozar un rato de holgorio. Todos los auxiliares son víctimas de burlas, befas y escarnios, en ocasiones cruelísimos. Pero, ninguno, con ser tan fecunda la historia picaresca-escolar española, hubo de sufrir chanzas tan extremadas y sañudas como D. Clemente Iribarne. Era D. Clemente infeliz y bondadoso á tal punto, que hasta los mocosos de tercer año de Instituto se le mofaban en las barbas, con todo desparpajo. Este menosprecio contrastaba con el amor y veneración de sus hijas. Las muchachas ignoraban cuanto acontecía en el Instituto. Su padre les narraba mil mentiras piadosas y ellas creían que el profesor más respetado y querido era su padre. Estaban orgullosas de él. Habitaban un piso angosto y obscuro en un barrio de obreros. En la casa, á donde no llegaban los rumores del mundo académico, el profesor y

sus hijas gozaban de alta estima. «¡Qué país éste!», solían decir las comadres del barrio, en sus juntas y deliberaciones: «todo un señor catedrático y en su casa se mueren de hambre». No se morían de hambre, pero comían con increíble parsimonia, y esto gracias al trabajo de las muchachas. Como las chicas juzgaban denigrante que las hijas de un profesor se empleasen en tan bajos menesteres, particularmente, el zurcido de pantalones y otras prendas varoniles, en lo cual Clemencia era primorosa, la mejor zurcidora de Pilares, lo disimulaban usando una estratagema, y era, que otras chicas del barrio buscaban y entregaban el trabajo como cosa propia. Los atavíos de las hijas del profesor eran tan pobres y por lo regular estaban tan raídos, que no se atrevían a salir a la calle de día, avergonzadas de mostrarlos en plena luz, no tanto por ellas cuanto por el respeto debido a la jerarquía social de su padre. Los domingos iban a misa, de madrugada, y los días de labor salían ya oscurecido, por calles retiradas. Cubrían la cabeza con velillos, ocultando los ojos. Caminaban

—¿Cuándo cenamos?—preguntó, alzando los ojos del libro.

—Cuando quieras—respondió Clemencia—. Y añadió: —¿Has preparado la lección?

—Phs. He estudiado algo... Pero, he decidido que lo mejor, lo que aconseja la tradición, es que mañana, al presentarme a los alumnos, pronuncie un pequeño discurso, a modo de saludo, y les perdone la clase.

—¡Qué bueno eres!—comentaron las hijas, conmovidas.

Luego cenaron unos restos fríos de la comida del medio día y, por no gastar luz, se retiraron a dormir. Pero D. Clemente no durmió.

Al día siguiente, al ir a la Universidad, le temblaban las piernas. Entró en la clase; subió al estrado y se mantuvo en pie, en tanto acudían los alumnos. Los escaños formaban un graderío, que se llenó al punto. D. Clemente, con ojos espantados, miró aquel hormigueante y rumoroso concurso. Le pareció que se le caía encima. Todos los alumnos eran ya hombres hechos y derechos. Algunos habían sido en el Instituto, alumnos de

era el barbado y tenía aspecto y voz pavorosos.

—¿Cómo convidarles?—balbuceó D. Clemente, que nunca llevaba dinero en el bolsillo.

—Pues, convidándonos—afirmó Zarracina, dando un puñetazo amenazador sobre la mesa.

—No se excite usted, Sr. Zarracina—interrumpió Alejandro Serín, rechoncho, colorado y meloso.

—Convidarnos a pitillos. Pitillos sí los tendrá usted—añadió Zarracina.

Don Clemente no se atrevió a responder. Sí, tenía pitillos. Sus hijas le compraban una cajetilla cada cinco días. Aquella mañana le habían comprado una.

Varios alumnos comenzaron a palpar los bolsillos del profesor.

—Vaya, déjenme ustedes. Sí: les convidaré a pitillos. Tengo mucho gusto en ello. La ocasión lo merece. Y entregó su cajetilla a los alumnos, que se la repartieron en medio de gran algazara. A favor de la confusión que se movió con esto, Pancho Benavides embadurnó con tinta la badana



de dos en dos, y D. Clemente al par de las dos últimas. Por no gastar el calzado, andaban con levedad, sin apenas fijar la planta, de donde venía un gracioso donaire y cadencia de movimientos. En ocasiones, algún estudiante les saludaba en chanza, derribando el chapeo con exagerado rendimiento, y ellas, tomándolo en serio, sentían una emoción profunda de contento de sí mismas y ternura por su padre.

ooo

Tenía D. Clemente los ojos clavados en la química, pero sus pensamientos vagaban por distinto rumbo. Pensaba: «si los chavales del Instituto se atreven conmigo, esos muchachos de la Facultad, ¿qué no serán capaces de hacer? Sí bien, lógicamente pensando, por ser más hombres serán más cuerdos y más respetuosos. Aparte de que a éstos he de examinarlos yo, y ya que no por respeto, por temor de perder el curso, mirarán lo que hacen. Con estos y otros congajosos pensamientos se le pasó el tiempo sin poder prepararse para la cátedra.

D. Clemente, pero ahora ostentaban terribles mostachos. Había uno con barba negra y copiosa. D. Clemente estaba como aterrado.

—Señores...—tartamudeó—al recibir el alto honor de regentar esta cátedra y dirigirme a ustedes, ante todo, quiero... que no vean en mí un profesor, sino un compañero, más aún, un padre.

En esto, Pancho Benavides, un muchacho guapo, simpático y rico, cabecilla de todos los motines universitarios, se puso en pie y dijo:

—Esa declaración conmueve las fibras más sensibles de nuestra alma. ¡Viva nuestro padre! La clase respondió: ¡Viva!

—Aplaudamos a nuestro padre—concluyó Benavides. Y hubo un aplauso de cinco minutos.

A D. Clemente le cabían serias dudas de que aquello fuese sincero. De todas suertes se llevó la mano al corazón, se inclinó a saludar y se sintió dueño de su palabra. Continuó hablando. A cada frase se repetían los aplausos. Terminado el discurso, los alumnos acudieron en tropel a rodear la mesa del profesor.

—Ahora, para celebrar esto, tiene usted que convidarnos a algo—dijo Acisclo Zarracina, que

del sombrero de D. Clemente y derramó dentro la salvadera, dejando el sombrero boca arriba.

—Bien, bien—suspiraba D. Clemente, abriéndose paso entre los alumnos. Tomó maquinalmente el sombrero y se lo llevó a la cabeza. Sobre los ojos le cayó una lluvia de arenilla. Se despojó del sombrero y descubrió la frente, toda entintada. Los alumnos escaparon, riéndose a carcajadas.

Llegó D. Clemente a casa.

—¿Qué tal?—Le preguntaron, anhelosas, las hijas.

—¿No sabéis? Resulta que soy un gran orador. Y les refirió, a su modo, el éxito de su primera clase de profesor de Universidad. Sus hijas le escuchaban embelesadas.

Después de cenar, Clemencia preguntó a su padre:

—¿No fumas?

—Nada, hija, que se me había olvidado. Me preocupa tanto esto de la cátedra...

—Por Dios, papá.

Y al cabo de un rato.

—Pero ¿no fumas?

—Sí, sí... Calla... ¿Dónde está mi cajetilla? Sin duda la he olvidado en la sala de profesores. Bueno, no importa. Estudiaré la lección de mañana.

Y comenzó á estudiar la obtención del hidrógeno.

Al día siguiente fué temprano á la Universidad, á fin de preparar con tiempo los aparatos con que obtener el hidrógeno. Llegó la hora de clase.

Don Clemente se puso á explicar prácticamente la lección. Inclinado sobre la cubeta hidráulica, manipulaba diligente. Llevaba puesto un gabán de Palma de Mallorca, de tela de cobertor y color pizarra, que le había costado cinco duros. Los alumnos le hacían corro, examinando sus manipulaciones. Pancho Benavides colocó un trozo de yesca encendida sobre la espalda de D. Clemente. El gabán comenzó á chamuscarse.—Parece que huele á quemado—insinuó D. Clemente.

Los alumnos respondieron que nada oían. Hasta que la quemadura penetró del gabán á la chaqueta, al chaleco, y á través de las prendas interiores hasta el cuero, y aquí, D. Clemente dió un salto y un alarido. Con un paño húmedo, Alejandro Serín sofocó la chamusquina. Don Clemente no se quejó de nada.

—Reífranse, por hoy—suplicó, con labio trémulo y ojos llenos de amargura

—Al llegar á casa exclamó:

—Hijas mía; una gran desgracia—. Y mostró sus ropas agujereadas por la espalda, explicando el accidente como casual, á causa de una operación de laboratorio. Continuó—Pero, lo grave es que ¿cómo salgo ahora de casa? Este es el único traje que tengo. Y de dinero ¿de dónde voy á sacar yo dinero para otro traje? ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

—No te preocupes, papá—dijo Clemencia, la zurcidora milagrosa, examinando de cerca los desperfectos; zurcidos más difíciles, he hecho que nadie podía notarlos.

Y así fué; las prendas de D. Clemente aparecieron como nuevas al día siguiente en la clase, con gran maravilla de los alumnos, quienes, irritados por esta especie de invulnerabilidad del profesor, se determinaron en emplear procedimientos más enérgicos. Día por día, el escándalo y abuso de la clase aumentaban. Los alumnos se ensoberbecían cada vez más, á tiempo que el profesor mostraba mayor resignación y tolerancia.

Pero, el desenfreno de la clase llegó á términos que D. Clemente comprendió que debía defenderse de alguna manera ó renunciar á la cátedra. Y halló este arbitrio; una bomba con una á manera de pequeña manga de riego que había en el laboratorio, que cargó con tinta y colocó en su mesa á mano, antes de comenzar la clase. Era un día asoleado de primavera. Apenas entrados los alumnos, Pancho Benavides tomó la palabra:

—Habrá usted echado de ver, señor profesor, el contraste entre la hermosura del día y la sordidez tenebrosa de estos claustros y clases. Por lo cual, hemos resuelto que hoy no haya clase y consagrar esta hora á tomar el sol. Pero, como personas bien educadas, hemos venido á decirlo á usted. De manera que buenos días.

Don Clemente, que tenía empuñada la manga de riego, consideró los finos y elegantes vestidos de Benavides y pensó que era un dolor echarlos á perder. Se contentó con replicar:

—No puedo, señor Benavides, tomar en cuenta sus palabras. Yo soy el profesor y aquí nadie manda sino yo. Empecemos la clase.

Zarracina se puso en pie y apretando los puños afirmó, dirigiéndose á sus compañeros:

—Aquí se hace lo que nosotros queremos. ¡A la calle!

—Nadie sale á la calle—gritó D. Clemente, y, ya perdida la cabeza, apuntó con la manga al terrible Zarracina y le regó con tinta, de arriba á bajo.

Zarracina permaneció un momento como alelado. Se recobró á seguido y adelantó, rabioso, hacia el pupitre del profesor; pero un nuevo chorro de tinta sobre la cara lo detuvo en seco. La clase se puso del lado de Zarracina. Llovieron diversos proyectiles, enderezados á la cabeza del profesor. Hubo repetidas embestidas. Pero, siempre, el chorro de tinta repelía las huestes

asaltantes. El combate prosiguió en medio de gran vocerío. Abrióse la puerta de la clase y apareció el Rector. La contienda cesó de repente.

—¿Qué es esto?—preguntó el Rector, mirando á D. Clemente, con fría severidad.

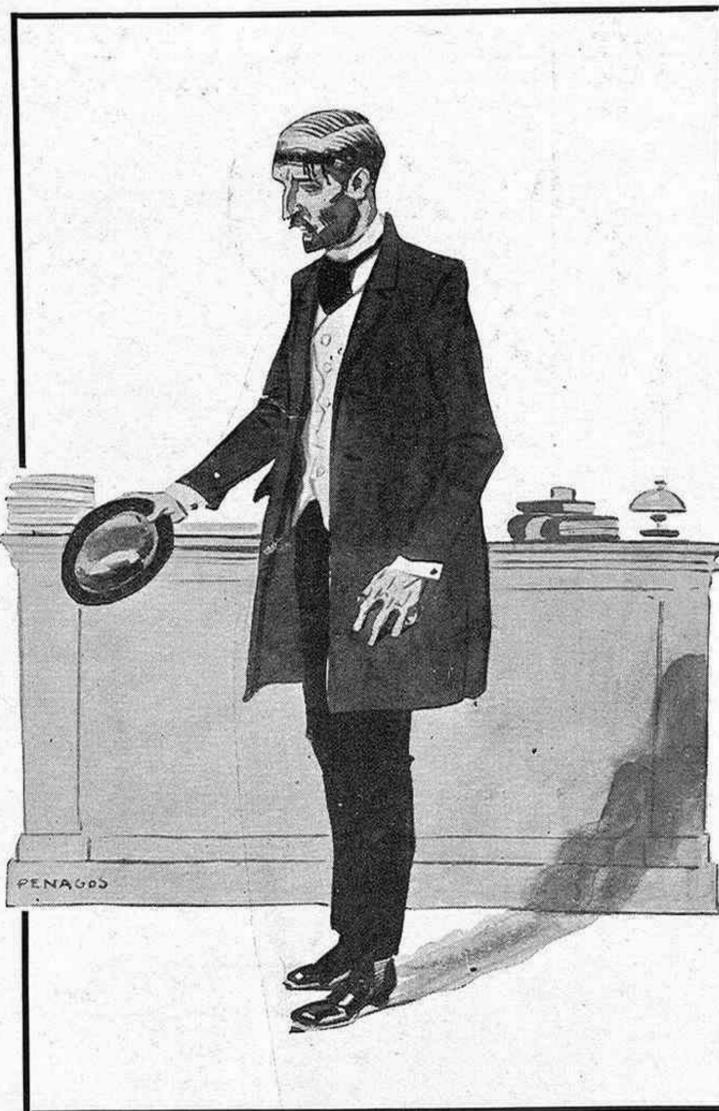
Don Clemente, con la cabeza baja, pálido, titubeando, susurró algunas palabras de excusa.

—¿Qué idea tiene usted de la dignidad de la cátedra?—Interrogó el Rector ásperamente, mirando á D. Clemente con mueca despectiva y asqueada. Continuó—Nos reuniremos en claustro y veremos lo que se hace con usted.

Iba á salir el Rector, pero el rechoncho Alejandro Serín se adelantó al centro de la clase y manifestó con serena entereza:

—Señor Rector; la culpa ha sido nuestra, nuestra, nuestra; un día y otro día y todos los días. A ver si hay un compañero que se atreva á contradecirme. ¿Es nuestra la culpa, sí ó no?—Gritó, encarándose con la clase.

Varias voces anónimas respondieron: Nuestra.



El Rector salió malhumorado.

Cuando D. Clemente llegó á casa sus hijas le preguntaron sobresaltadas:

—¿Qué tienes? Parece que has llorado.

—Sí, he llorado. Y todavía lloro—contestó, enjugándose los ojos.

Y refirió, que por intrigas de otros profesores, el Rector se había presentado en su clase y había comenzado á amonestarle, sin motivo, pero hubo de interrumpirse y rectificar porque los alumnos, como un sólo hombre, se habían declarado ardorosamente en favor de D. Clemente. Concluyó.

—¡Esto conmueve!

—Sí, sí—decían las hijas, enterneciéndose.

No hubo claustro para juzgar á D. Clemente. Después del día del gran escándalo, los alumnos acordaron, en una entrevista amistosa con don Clemente, que la manera mejor de evitar nuevos y luctuosos lances, era que no asistiese á clase el que no quisiera. Desde entonces, sólo acudían á la cátedra media docena de alumnos. Sin embargo, algunos días que no tenían cosa mejor que hacer, se descolgaba en clase un buen golpe de alumnos y reanudaban las proezas del pasado. El cabecilla y director era invariablemente Pancho Benavides.

Llegó fin de curso. El día de los exámenes de química, Pancho Benavides se levantó temprano,

compró una caja de cigarros habanos y se encaminó á casa de D. Clemente. Llevaba aprendido al pie de la letra lo que había de decirle: «querido D. Clemente, yo no se una palabra de química, pero necesito que usted me apruebe. Esta es una caja de habanos. Esta una pistola. Si me aprueba usted, le regalo la caja de habanos. Si me suspende usted, le pego un tiro. Usted escojerá».

Llamó Pancho á la puerta. Salió á abrir el propio D. Clemente. A D. Clemente le era Pancho sobremanera simpático, á pesar de sus diabluras, Pero, al verle en su casa, se llenó de zozobra, temiendo que le faltase al respeto en presencia de sus hijas.

—¿Qué quiere usted, señor Benavides? Aguarde usted un momento, saldré con usted y hablaremos de camino. Me disponía á salir, precisamente.

—No, señor. Tengo que hablar con usted dentro de su casa.

—Pero, si yo me disponía á salir...

—¿Me hecha usted de su casa?

Don Clemente no sabía que hacer ni que decir. Las hijas había asomado la cabeza por la puerta del comedor. Clemencia se acercó á su padre:

—¿Por qué no pasa este señor, papá?

—Sí, sí, naturalmente. Con mucho gusto...—murmuró, fuera de sí, D. Clemente.—Es un alumno mío. Esta es una de mis hijas.

Benavides y Clemencia se saludaron. Benavides penetró en la casa. El pasillo era sombrío, Benavides buscaba á tientas la percha.

—¿Qué busca usted?—preguntó don Clemente.

—La percha—respondió Benavides.

—No tenemos percha—observó, riéndose Clemencia—. Ya ve usted... Nadie mejor que un alumno de papá, el profesor más distinguido, el que más quieren los alumnos, puede juzgar la injusticia del Estado, que le tiene postergado y con un sueldo insignificante.

En este momento entraban en el comedor. Benavides sentía, oyendo á Clemencia, un á modo de calofrío ó estremecimiento, que después de recorrerle la espalda se le fijó en la nuca y en los párpados.

—¿Qué sueldo tiene usted D. Clemente, si no es indiscreción?

—Antes de la cátedra de química, dos mil pesetas. Ahora, tres mil. Con descuento, unas dos mil quinientas...

—Estas señoritas ¿son hijas de usted?

—Todas, señor Benavides. Son ángeles.—Bisbiseó D. Clemente, casi sin aliento.

—¡Oh, papá!...—Exclamaron las seis virtudes, doblando la cabeza, con humildad, como seis azucenas.

Las muchachas miraban con un á modo de arrobo á aquel joven tan elegante, discípulo, y por lo tanto, subordinado de su padre. Benavides las observaba discretamente. Se detuvo más de espacio á contemplar el rostro de Clemencia.

—Desearía, D. Clemente, hablar á solas con usted, en su despacho, por ejemplo.—Rogó Benavides.

—Este es mi despacho, querido Benavides.

—Me parecía haber oído que era el comedor...

—Bueno; hace á todo.

—¿Y sus libros?

—Ah, en un cajón, en mi alcoba.

—Diré entonces aquí, lo que tenía que decirle. Le traigo un pequeño obsequio, una caja de habanos. No, no me diga usted que no. Es un obsequio desinteresado. No pretendo que usted me apruebe. No estoy preparado para examinarme y, en consecuencia, por evitarle á usted el enojo de suspenderme he resuelto no presentarme hasta Septiembre. He venido á decirselo á usted. Por otra parte, ha sido usted tan bondadoso conmigo durante el curso, que me he creído obligado á expresarle mi reconocimiento de alguna manera.

Los ojos de Clemencia, y los de las demás virtudes, relucían húmedos. Don Clemente inclinó la frente. Benavides sentía el corazón en la garganta, y dentro del corazón un dolor mezclado de dulzura; remordimiento y revelación.

Pancho Benavides y Clemencia Iribarne se casaron á la vuelta de dos años.

EL CONCURSO INFANTIL DE NUEVA YORK



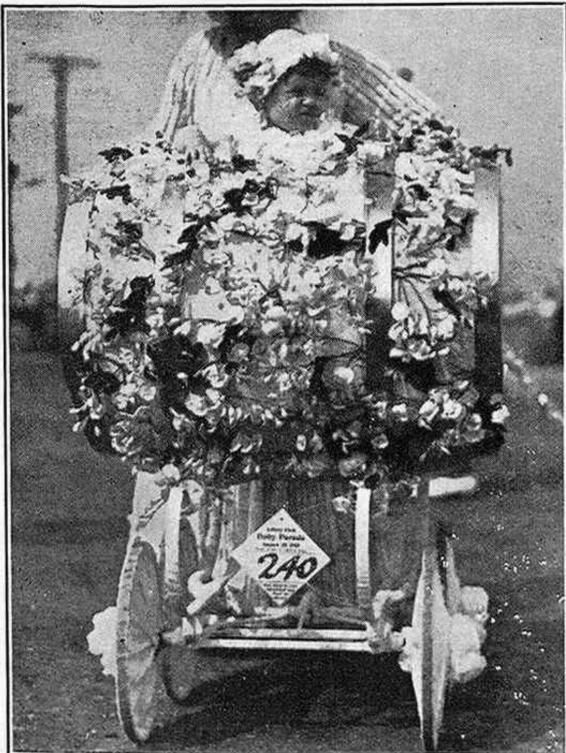
Cochecito representando "La fuente de la Juventud", que obtuvo el primer premio



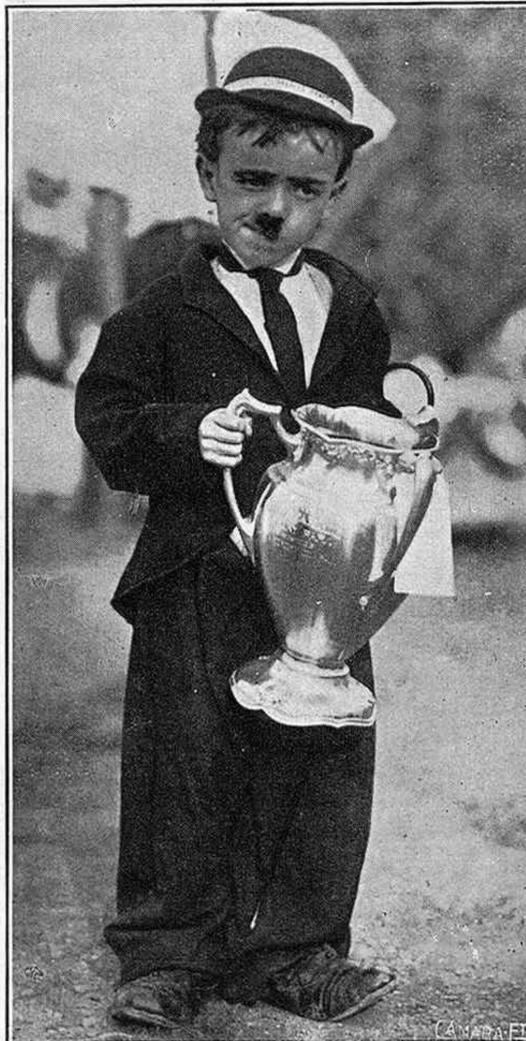
Cochecito representando "El columpio", que obtuvo el segundo premio

ENTRE muchos defectos, ofrece el pueblo yankee innegables virtudes derivadas de una educación fundamental sólida y cada vez más extensa. Una de las referidas virtudes es el amor al niño, el cultivo de la tierna planta humana, que, al correr del tiempo, ha de constituir elemento de riqueza y poderío nacional, en vez de serlo de empobrecimiento y descomposición económica. Ofrecen los grandes periódicos, con gran frecuencia, crecidos premios en concursos de belleza infantil; preocúpase el Estado de la mejora física y educa-

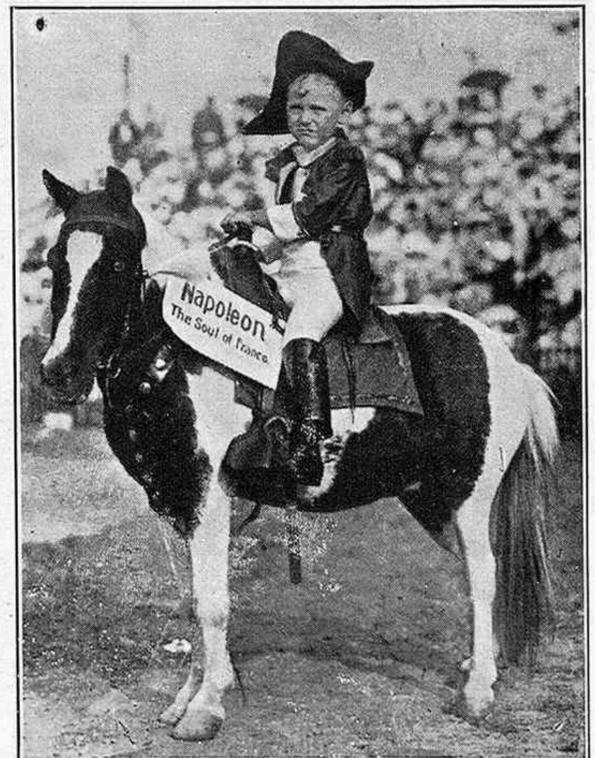
tiva del niño, y por último, las clases bien acomodadas organizan y subvencionan brillantes festivales, *pageants* históricos, desfiles y mascaradas infantiles, en los que se hace alarde, no sólo de riqueza y buen gusto, sino de afecto a los futuros ciudadanos de la gran República americana. Recientemente se ha verificado en Nueva-York, y en el hermoso Parque Asbury, una de esas admirables fiestas, que, como se advertirá en las adjuntas fotografías, nada tienen de común con nuestras tristes mascaradas de niños.



Cochecito imitando un tonel cubierto de flores

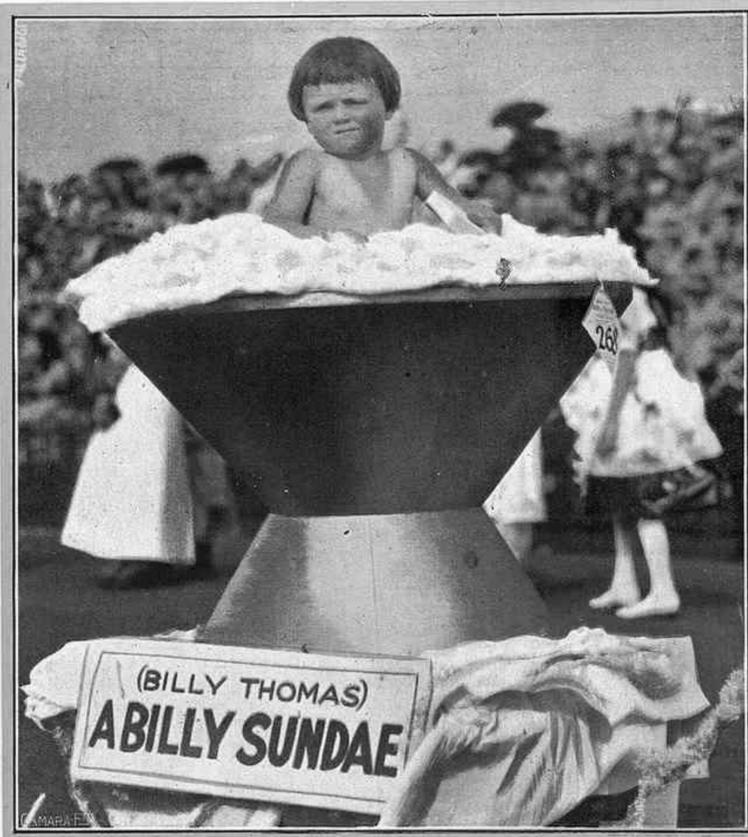


Niño premiado por su graciosa presentación



Una niña disfrazada de Napoleón I

UN INTERESANTE FESTIVAL INFANTIL EN NUEVA YORK



Cochecito imitando "Una lavadora mecánica", que obtuvo premio en el festival infantil



Desfile de los niños que tomaron parte en el festival, ante las tribunas



Cochecito representando "La campana de la Libertad", que obtuvo premio en el festival



Niña representando "La ninfa del mar", cabalgando sobre una tortuga.



Carroza de la reina del festival "Titania" personificada por una hija de Mr. P. Morgan



Niña representando "La Primavera", que figuró en el festival infantil

FOTS. HUGLMANN

LA GUERRA EN LOS DARDANELOS EL MISTERIO DE CONSTANTINOPLA



Vista de la entrada del Cuerno de Oro, en Constantinopla

No hay más sencilla ni exacta visión de Constantinopla, que la trazada por Reclus.

Cuando bogamos á la entrada del Cuerno de Oro, dice, en una ligera lancha, más graciosa que las góndolas venecianas, vemos á cada golpe de remo cambiar el aspecto del inmenso panorama. Más allá de las blancas paredes del Serrallo y de sus macizos de verdor, las casas de Estambul, las torres, las grandes bóvedas de las mezquitas. Al otro lado del puerto, cruzando por dos puentes de hierro, otras mezquitas y otras torres se vislumbran á través de las cuerdas y mástiles empavesados, formando gradería en la pendiente de una colina coronada por las casas y los palacios de Pera. Hacia el Norte una serie de mansiones de recreo esmalta las riberas del Bósforo. Al Oriente la costa de Asia avanza mar adentro, formando un promontorio cubierto igualmente de edificios rodeados de frondosos jardines. Es Escutari, la Constantinopla asiática, con sus casas color de rosa y su vasto cementerio, cubierto de admirables bosques de cipreses. Mas lejos distínguese la antigua Calcedonia y la aldea de los Príncipes, cuyos bosques siempre verdes y rocas amarillentas, se reflejan en las ondas azules del mar de Mármara. Y

quizás más bello aún, es el panorama visto desde las alturas que do minan á Constantinopla y Escutari, porque se perciben los contornos de las playas de Europa y de Asia y se miran las sinuosidades del Bósforo y del golfo de Nicomedia, y á lo lejos, dominando valles sombríos, se destaca la gigantesca pirámide del Olimpo de Bitinia, cubierta de nieve, la mayor parte del año. Hace tres meses, en las dos bocas de entrada de estos lugares encantados, en el Bósfo-

ro y en los Dardanelos, brama el cañón sus iras y en la península de Gallipoli, antepuerta de este paraíso, se ha hecho crónica la guerra brutal y estúpida de trincheras.

Ya en la pasada guerra, se dijo de Turquía que se había trocado en un perro rabioso, en un perro de aquellos que nos pinta Amicis recorriendo el puente de Galata; por grande que sea la decadencia de este pueblo y la degeneración de esta raza, debe de alentarla, más aún que el instinto

de conservación, un sentimiento fiero de desesperación. Hace años sabe que hay el propósito de arrojarla de su solar europeo, como una cosa indigna, corrompida y pestilente; sabe que todas las grandes naciones tienen el empeño de recluirla en Asia, en la triste y desolada Arabia, de donde hace siglos la sacara la fe de Mahoma y la cimitarra vencedora de Omar.

Se le decía que había que expulsarla de Europa, por la bestialidad de su régimen absoluto, por la crueldad con que tiranizaba á las pobres razas, antaño sometidas á su poderío, por la imposibilidad de continuar siendo un tapón para que llegue al Mediterráneo, la gran Rusia, la santa Rusia, que, por lo visto, no tiene un régimen autocrático, un gobierno político-religioso, y no ha conocido las



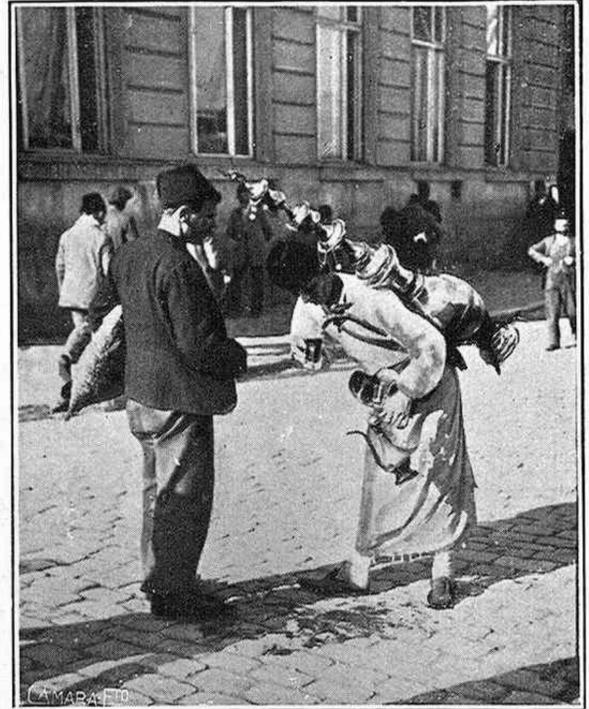
El puente de Galata, Stambul y la mezquita Validé



Dos "derviches" pasando por el puente de Gálata

zación de la familia, la situación social de la mujer cambiaron radicalmente. La mujer ha cruzado las calles de Constantinopla con el rostro descubierto, con el traje europeo. La poligamia ha ido desapareciendo. Se transformaba la Universidad, se intentaba crear la escuela a la manera europea, se entregaban a la iniciativa y al capital europeo los negocios y las industrias. Turquía, mejor ó peor, hacía vida europea, asistía al intercambio de las riquezas, respondía a la orientación que daban al progreso las grandes potencias, con más intensidad que otras naciones cristianas. Y, sin embargo, Europa no estaba contenta. Al cabo de los siglos el derecho de posesión de Turquía al territorio que ocupaba era incuestionable, pero Europa quería arrojarla de sí, como una cosa expúrea. Se humanizaba, se civilizaba, pero no se la perdonaba. Así, cuando Servia, Bulgaria, Montenegro y Grecia, se lanzaron contra ella, Turquía sintió la brutal opresión, el cruel aislamiento de este odio europeo. Se vio acorralada y vio cercenado su espléndido dominio y reducido á unos palmos de terreno. Las ciudades más queridas le fueron arrancadas. Sus hijos, de señores, se vieron trocados en súbditos extranjeros. Fué entonces, cuando Turquía se dió cuenta de la condena de muerte que pesaba sobre ella.

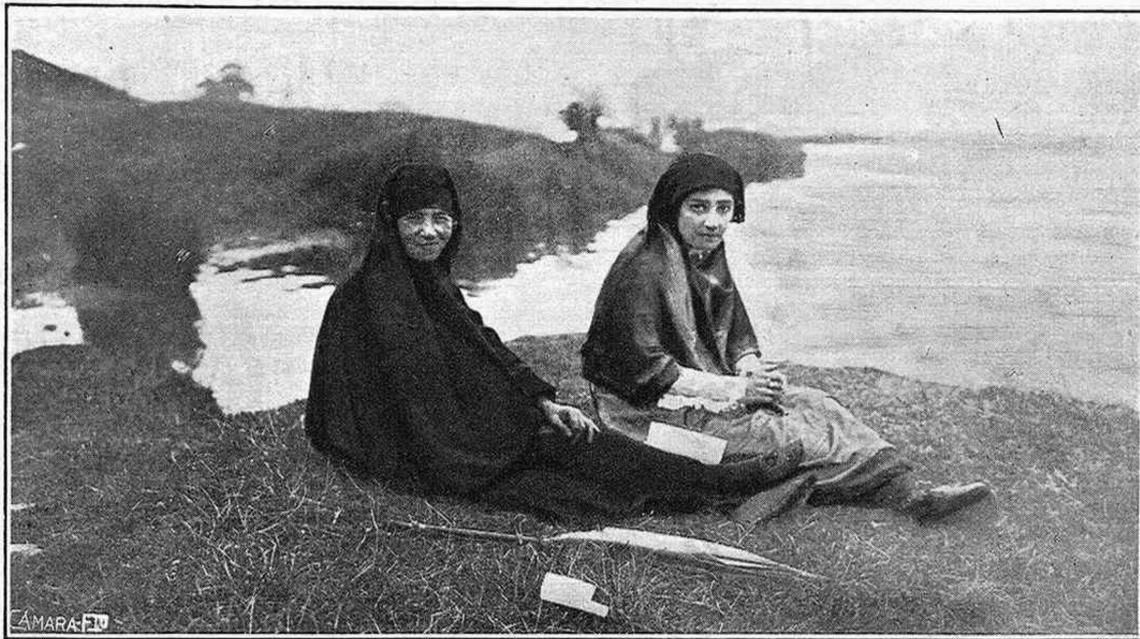
Así, desde entonces, toda su política ha girado al rededor de esa fiera y cruel hostilidad. El día que, acorralada de nuevo, se vea cercada dentro de Constantinopla, antes que saltar á Asia, antes que resignarse á volver á la barbarie del desierto arábigo, no dejará piedra sobre piedra. Bizancio siempre costó cara. Se llegó á ella sobre ríos de sangre. Además, allí acabaron grandes imperios; parece como si un hado fatal



Un expendedor ambulante de refrescos

matanzas de hebreos y no ha tiranizado á los finlandeses y á los polacos... Y Turquía, para ponerse á nivel de Europa, ha ido resignándose

á que, después de la paz de San Estéfano, las razas sometidas, la rumana, la búlgara, la servia, la albanesa, la valaca, hayan ido convirtiéndose en principados autónomos y luego en reinos independientes. Como esto era poco aún, la pobre Turquía quiso parecer un pueblo civilizado de verdad é hizo una revolución y destronó á su sultán autócrata y le sustituyó con un régimen parlamentario. Le faltó, sin duda, llegar al regicidio, como Servia y como Portugal, pero los Jóvenes Turcos creyeron más seguro garantizar las nuevas libertades con una transformación de costumbres y unas infusiones de cultura. Lo más fundamental de la vida muslin, la organi-

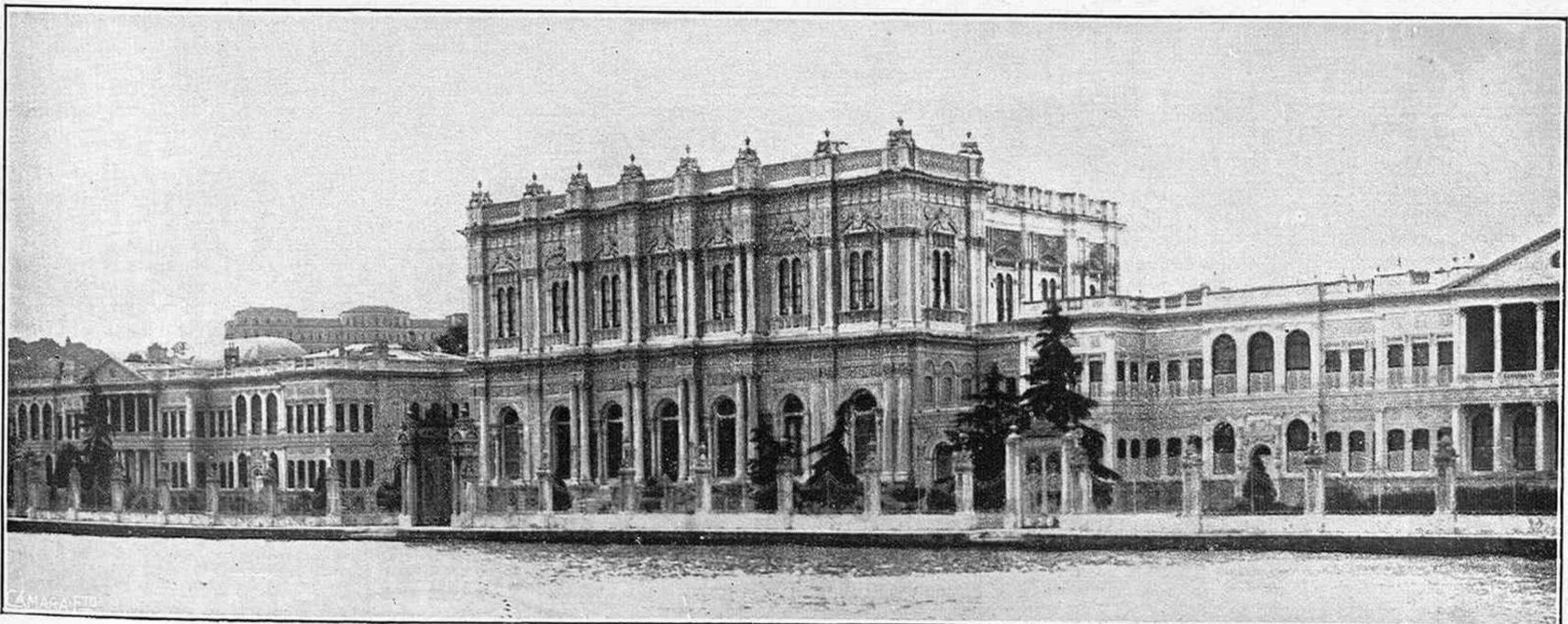


Campeñas de las cercanías de Constantinopla, descansando á la orilla del Cuerno de Oro

la amparara. El día que España vence en Lepanto y Turquía se encuentra con sus escuadras destruídas, se ve mudarse la buena suerte de

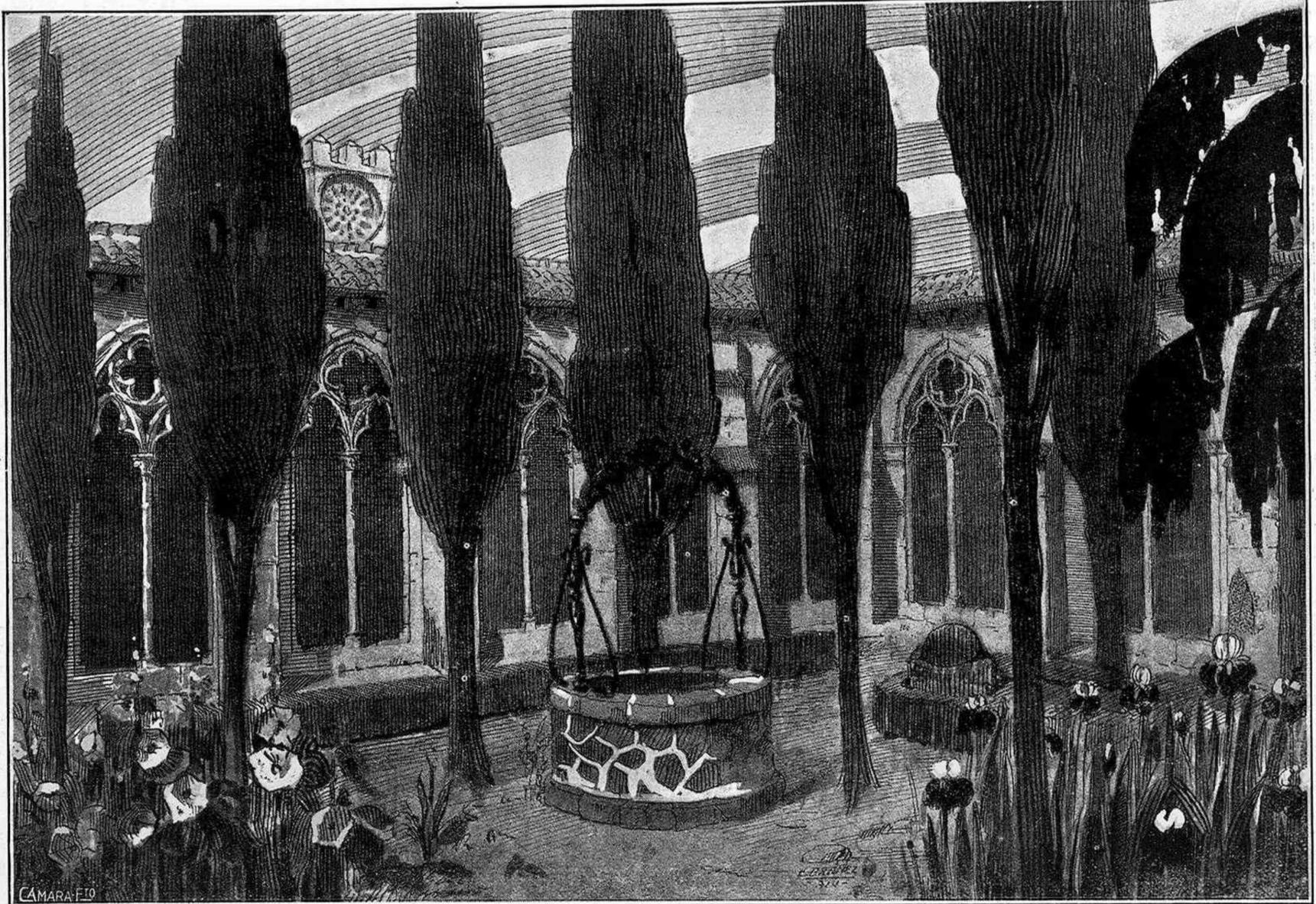
Felipe II en hado adverso. Con aquel glorioso triunfo comienza la decadencia española.

Y, ahora, ¿dónde están los líricos, dónde los poetas de la tierna Europa? ¿Qué hace Pierre Loti, que no recuerda sus cantos á la belleza sin par de Constantinopla? Porque, ahí están, á la entrada de los Dardanelos los grandes acorazados acechando, como los cazadores ante una madriguera, el momento de poder adelantarse y llegar con sus cañones al encantado lugar donde se alza la mezquita de Santa Sofía, y á su alrededor aquel sublime conjunto de arte oriental... ¿Y eso va á ser bombardeado, destruído, arrasado, en nombre de la civilización?...
Amadeo DE CASTRO



El palacio del Sultán de Constantinopla, en Dogma-Batché

FOT. CH. FLAVIENS



Un lance del rey-poeta

La leyenda es una virgen de cabellos de oro que pasa por las almas derramando la semilla de los ensueños. Después, nace una flor azul, la flor de la leyenda que no muere jamás.

Acaso esta historia de amor, de sacrilegio y de conversión, no fuera así... Los hechos reales pudieron ser otros, pero la maga leyenda los ha contado durante tres siglos como yo los he recogido de la boca del pueblo. Y así será eternamente.

—Érase un rey galán que enamoraba á una monja. Y una noche...

La sombra de Felipe IV, el rey poeta, espadachín y cortejo de comediantas, vaga por los viejos claustros cuando en la torre suena el legendario reloj que él donó al convento, en memoria de su aventura extraordinaria.

La luna, con su cara de clownesa, se acerca á ver la hora en la esfera del reloj encantado.

—¿Qué miras, pálida madrina de los poetas? ¡Esta hora de la leyenda!

ooo

¡Media noche! Hora del aquelarre, de los nocturnos sabáticos, en que gritan los buhos y las cornejas, y los gatos en los tejados ven pasar el cortejo de los sortílegos.

Un embozado, seguido de otros dos que parecían ser sus rodrigones, dobló la esquina de la calle de la Luna. Al punto se abrió la puerta de la casa solar de D. Gerónimo de Villanueva, y el mismo caballero salió al zaguán con un candelabro en la diestra.

¿Duerme todo en la casa?

—Todo, señor, que á mi decoro conviene que nadie sepa de vuestra visita—y la voz de Villanueva tenía un dejo de vergüenza y de amargura.

Don Felipe le miró al soslayo y cambió el derrotero de la plática.

—Mucho me temía no llegar antes de descargar el chubasco. No fuera muy galán venir empapado de agua, como un naufrago, á la cámara de una dama.

El cielo estaba negro y torvo. De vez en vez, una serpentina de lumbre zigzagueaba á lo lejos.

—¡Mala noche para los caminantes extraviados y para los que están en el mar!

Comenzaba á llover. En el interior de la mina hacía un calor asfixiante. Iba primero el rey, y en su pos, D. Gerónimo con una linterna. Salieron al jardín de las monjas.

La tierra húmeda tenía una fuerte fragancia; las rachas tempestuosas azotaban esas arboledas y se oían los estremecimientos de la hojarasca. Caían los primeros goterones sonoros de la tormenta.

El convento parecía dormido, con sus postigos misteriosos, sus galerías melancólicas, envueltas en el inquietante negror de la noche.

Don Felipe orientó sus pasos hacia la ventana del refectorio. Saltó al interior con la capa de seda al brazo, bien galán y con el ánimo sereno.

No era tarea muy fácil orientarse en las tinieblas. Tenía que aguardar la luz de los relámpagos para seguir su derrotero sacrilego.

En el espíritu del rey florecía aquel amor como una rosa de pecado. Y diz que era su pecho el más frondoso jardín de las rosas galantes. Desde muy adolescente hizo de sus días una amable cadena de nombres de mujer y de versos de amor. Felipe IV era poeta de corazón, aunque su mejor poesía la vivió en vez de escribirla, pues los pasos de comedia que firmara con el remoque de *Un ingenio de la corte*, sólo demues-

tran gentil fantasía y discrección; pero la llama del genio no alumbró nunca sus estrofas.

Gentiles faranduleras merecieron la pleitesía del monarca de ambos mundos. Las frondas del Buen Retiro saben los amables secretos, las galantes entrevistas, los gentiles episodios de la época dorada del rey poeta y del rey torero, que también gustó de alancear cornúpetos en la Plaza Mayor, con gran bazarria y majeza, así como de los lances y farsas de carnestolendas, que la carátula es propicia á las trapazas de la liviandad y el caballero Don Carnal, con su loca caperuza de cascabeles alarma á los esposos y ahuyenta el sueño de los tutores.

Todas sus historias de amor fueron fáciles por ser el rey el galán, y no tener corcovas ni roja la nariz ó torpe la lengua, sino muy al contrario. Ser la amante del rey era el remate de las mujeres del teatro, y esta frivolidad restaba interés á la aventura.

Todo olvidado lo tenía D. Felipe, incluso los negocios del reino, desde que viera á la novicia Margarita. Así su corazón tenía hondas marejadas en las galerías del convento, al acercarse al final de su aventura.

Nunca he sentido tanta emoción. Parece que se acerca una hora solemne de mi vida.

La tormenta hiperestesiaba sus sensaciones, realmente era un espectáculo pavoroso ver la magnificencia de la tempestad en el silencio de sepulcro del monasterio. Los blancos claustros platerescos parecían encendidos en sangre al fulgor de las exhalaciones cuando el cielo se abría como una inmensa flor luminosa, como un apocalíptico abanico de centellas.

La lluvia torrencial cantaba en los vitrales, y el jardín parecía envuelto en un turbio fanal. Entre el fragor sonó el reioj de San Plácido, con

su voz cascada y humilde, que parecía un sollozo.

—He de hacer presente al convento, un reloj suntuoso, que cante las horas de mi amor.

Y avanzó decidido hacia la celda de la novicia Margarita. Se oía un rumor melancólico y lejano, como la monotonía de un rezo.

Muy presto llegó ante la puerfecilla de la celda; el corazón le batía vertiginosamente. Se alisó la melena, blonda y lacia, atusó su mostacho conquistador. Sonreía... Aquella puerta era el umbral de su dicha, la cancela de su amor; detrás del misterio de aquella hoja de madera le esperaba un paraíso de exquisitas emociones.

Su mano aristocrática y enguantada se asió al picaporte, audaz é irreverente. La sombra de Mañara, el burlador andaluz, cruzó por su memoria. Felipe IV abrió la puerta.

Un fulgor amarillento le hirió repentinamente en las pupilas. Se cubrió con las manos el rostro pálido y aterrorizado.

—¡Jesús!—Y cayó de rodillas sollozando.

En medio de la celda, sobre un blanco tapiz bordado en oro, había un blanco ataúd lleno de rosas blancas.

La novicia Margarita, más bella en la arcángelica serenidad del último sueño, yacía, con las manos cruzadas, marfilinas y transparentes, al resplandor de cuatro hachas mortuorias, amortajada con un hábito blanco.

Entre los dedos pálidos, había un Cristo de plata.

El rey lloró largo espacio, con sincera amargura, junto á la blanca muerta, divinamente pálida, con una celeste belleza u fraterrenal. Las flores y el olor á los cirios expandían en la celda una fragancia religiosa.



El rey Felipe IV

Se oía, cada vez más cercano, el rumor de los rezos.

Por los claustros silentes avanzaba un cortejo de blancas sombras, con cirios en la mano, semejando la cohorte fantasmal de la Santa Compañía.

Muy pronto todas las monjas, con sus blancos hábitos y sus tocas negras, excepto las novicias, que eran todas blancas como nardos, llenaron la celda. El clamor de los latines litúrgicos, parecía el zumbido monótono de un abejorro gigantesco. Nadie se curó de la presencia del rey, arrodillado junto al féretro en actitud contrita, que hacía rendir su frente con un gesto de infinita congoja.

El diablo conquistador unió su voz sincera á las salmodias monjiles.

Dicen las viejas crónicas que esta fué la última aventura del rey poeta.

Gran espacio lloró el monarca junto á la musa de sus sacrílegos amores y lloró con la sagrada emoción de un poeta y de un enamorado que da á su ilusión el último adiós.

Y la oración, que como lirio milagroso se abrió en su alma, fué para el caballero galán una sedante purificación.

Ya era alta noche cuando partió, y dicen que hubo de exclamar solemnemente, con la diestra puesta sobre el corazón:

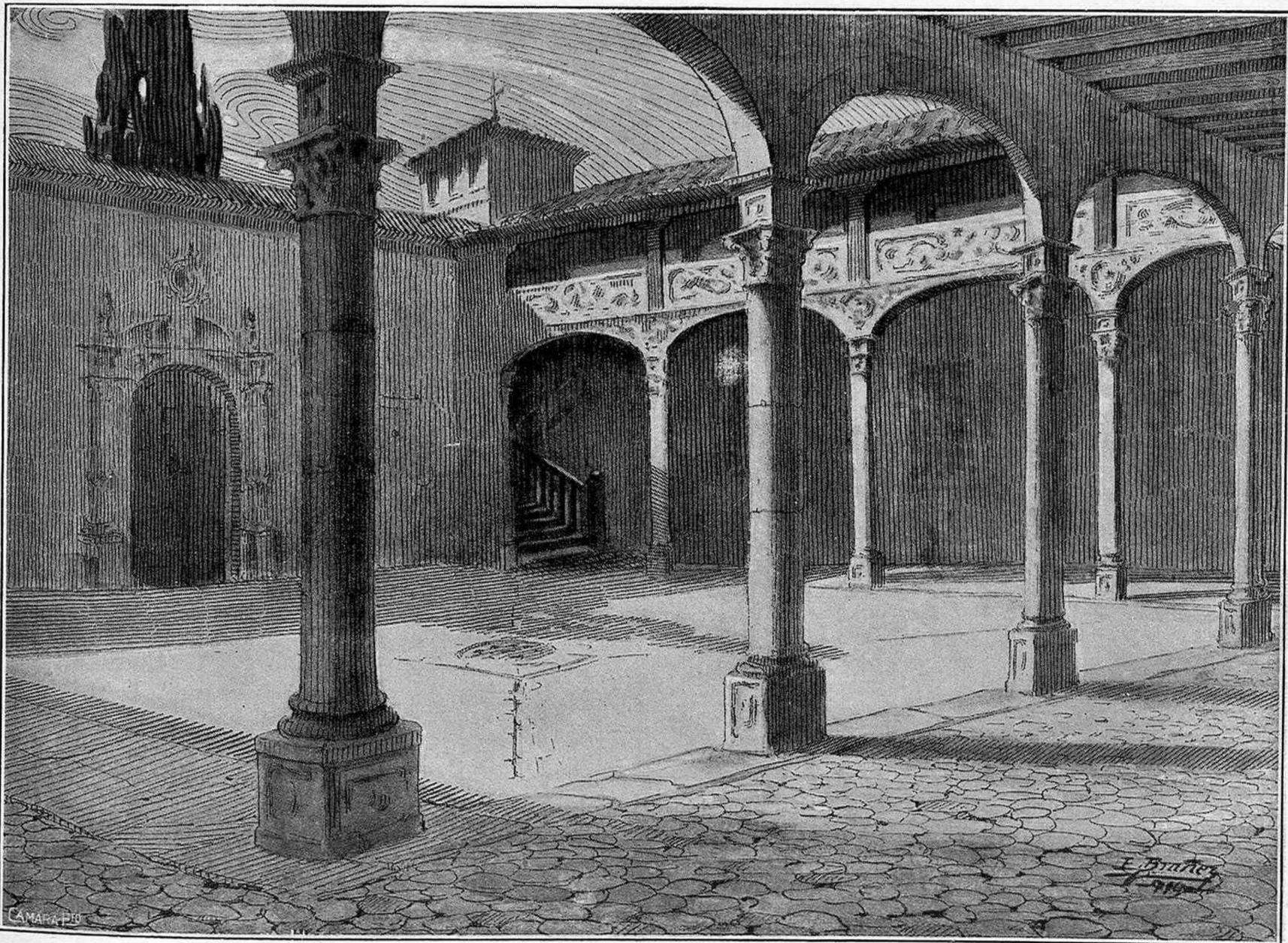
—Yo haré presente á esta santa casa, de un reloj, que doble á muerto, al sonar cada hora, para que diga á los siglos futuros de este suceso extraordinario y de la conversión de mi alma.

En el jardín le aguardaba el señor Protonotario mayor de Aragón, D. Gerónimo de Villanueva. Había pasado la tormenta y la luna lucía como un milagroso lirio de plata.

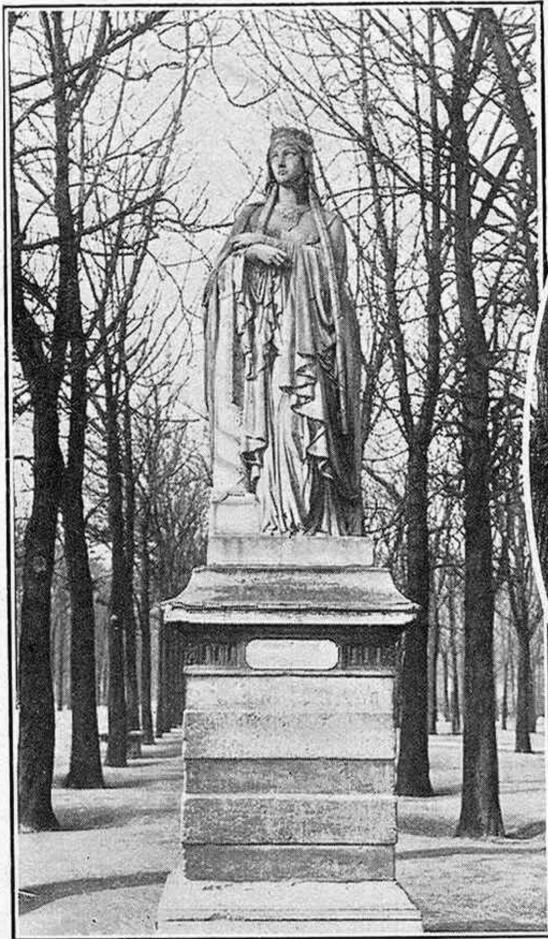
En lontananza se oía la oración de los difuntos.

E. CARRÉRE

DIBUJOS DE BRAÑEZ



COSAS DE PARÍS □ ESTATUAS DE MUJERES



BLANCA DE CASTILLA
Mujer de Luis VIII, rey de Francia, madre de San Luis



MARÍA DE MÉDICIS
Reina de Francia y esposa de Enrique IV, madre de Luis XIII



SANTA CLOTILDE
Mujer de Clovis; convirtió a su marido al cristianismo

CADA plaza de París tiene su estatua. Apenas se inaugura un *square* se deja en medio del césped el sitio para algún glorioso busto. Y cuando se proyecta una alameda, antes de plantar los álamos, se destina alojamiento á genios de frac, de levita ó de americana. Tal abundancia ha llegado á inquietar al público. *Elles sont trop*. ¿Qué hacer con ellas? Para darles salida las enviaron á provincias.

Perola provincia esturbulenta, y hace poco, protestando de una elección de Dipu-

tados, arrojaron al río una estatua de *La ternura humana*.

Quedaba, pues, sólo el recurso de enviar las estatuas al depósito. Como estaba lleno, un humorista extraviado en el municipio propuso aljarlas en los nichos vacíos de los monumentos.

No se conoce sobre este asunto la opinión de los otros consejeros del municipio. Pero podemos suponerla adversa porque ellos son los

principales interesados en llenar las plazas públicas. En la erección de un monumento lo menos importante es la persona del erigido. Es solo un pretexto para discursos que publicarán los periódicos con elogios, para fotografías que aparecerán en los ilustrados, para champaña que costeará el Municipio. El Municipio ó el finado. En algunos casos, como ocurrió con el pintor Deltaille, se deja en el testamento—es lo más prudente—el dinero para pagar la estatua, la construcción de la plazoleta, la ban-



SANTA GENOVEVA
Patrona de París



MARGARITA DE ANJOU
Esposa de Enrique VI, rey de Inglaterra



ANA DE BRETAÑA
Esposa de Carlos VII y luego de Luis XII



JUANA DE ALBRET
Reina de Navarra, madre de Enrique IV



JUANA DE ARCO
Heroína nacional



LUISA DE ORLEANS
Conocida con el nombre de Mlle. Montpensier

da de músicos, el champaña de primera calidad...

Un nuevo peligro amaga. ¡Las mujeres! Las sufragistas, que ya se agitan en Francia, pedirán con el derecho al voto la opción á estatua. Porque hasta ahora no han sido favorecidas las mujeres. Las hay en piedra ó mármol pero casi siempre sin estado civil, con esa sonrisa impersonal que viene perpetuándose desde la Venus sin brazos hasta las modernas Historias, Verdades y Justicias. Ligeramente gordas, partidos sus cabellos en crencha de Pomona sufragista, poco vestidas pues es primavera la temperatura del país de la gloria, en donde crece el laurel que ofrendan, están escribiendo históricas frases, pesando en su balanza ó aligerándose de velos

porque la tradición quiere que esté desnuda la verdad. Las mejores estatuas de mujeres están en el Jardín del Luxemburgo. ¡Todas las épocas y las clases reunidas! Junto á María de Médicis ó Margarita de Anjou, Santa Genoveva la patrona de París que Puvis de Chavannes pintó velando sobre la noche lunada; la señorita de Montpensier, sufragista de antaño, que hizo disparar el cañón de la Bastilla contra las tropas regias.

Sin duda la maliciosa municipalidad no quiso colocar estatuas de mujeres, sino en un jardín y en un jardín de amores, porque casi no las hay en otra parte... ó las hay á millares pero sin nombre. Al hablar de estatuas no hemos contado á las denominadas *En el baño*, *Náyade* ó *Laxitud*, y que representan á damas vivas de la vida airada y del gran mundo.

De algunas, como de la loca Paulina Bonaparte, la tradición ha conservado el nombre. Sabemos, por ejemplo, quien es la gracil mujer que avanza en la admirable

Danza de Carpeaux, y que Gerôme tiene desnuda á su señora en un salón del Museo del Luxemburgo. Pero hay otras muchas mujeres que mueren sin gloria, después de haber dejado á los siglos un cuerpo eternizado en mármol. Yo recuerdo haber visto á alguna de ellas. Había servido de modelo para la *Historia* de un monumento de París. Joven, soberbia, estaba escribiendo en un libro de mármol, los altos hechos de un patricio ilustre... Cierta vez en Montmartre, á la hora sentimental del champaña, un artista quiso que ella firmara una postal...

Y entonces vimos que el escultor del monumento había sido un ironista: esta *Historia* no sabía escribir...

VENTURA GARCÍA CALDERÓN



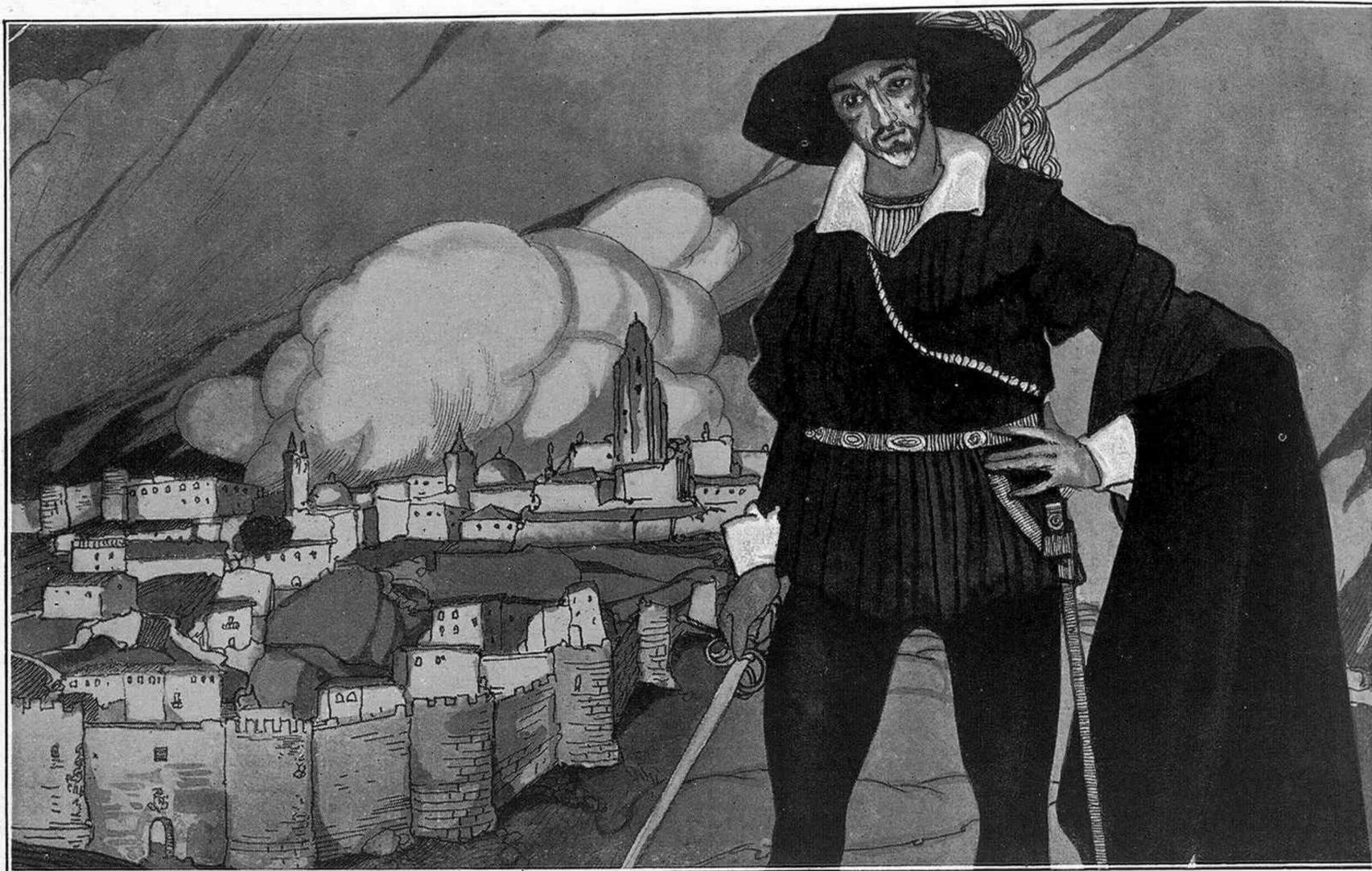
ANA DE BEAUJEAU
Regente durante la minoría de edad de Carlos VIII



JORGE SAND
Ilustre novelista francesa



MARGARITA DE VALOIS
Hija de Enrique II y de Catalina de Médicis



EL CABALLERO NEGRO

Fué en una noche callada,
la vieja ciudad dormía,
y en la obscura lejanía
de los cielos, plateada,
era la luz de la luna
blanco fanal que alumbraba los pasos de mi for-
[tuna.

Por las torcidas callejas,
y bajo el lírico alarde de mi pomposo sombrero,
iba yo rememorando las bravas historias viejas
del viejo siglo de oro,
que en las brisas sosegadas
de la noche, mis pisadas
tenían, lentas y graves, el mismo rumor sonoro
que el decir de un romancero.

La vieja ciudad dormía
y yo tan sólo velaba
bajo la luz que llegaba
de la obscura lejanía.
¿Dije sólo? No; que á veces el reloj de la alta torre
con la voz de su campana,
sobre el silencio dormido de la ciudad castellana,
decía sus horas graves, lentamente y una á una,
como una voz que lejana
contase en la muerta noche las horas de mi for-
[tuna.

Y fué en una de esas horas,
cuando en las brisas sonoras,
y vertiéndose en la noche como un surtidor de
llegaron á mis oídos [plata,
los bulliciosos sonidos
de una alegre serenata.

Quedé un instante suspenso de la lírica armo-
y hacia la obscura calleja, [nía,
donde la luz de una reja
la espesa sombra partía,
mis pasos encaminé;
y de la reja entreabierta
llegando al nivel, de incierta
lámpara á la luz dudosa
tení mi vista curiosa
y el interior de la estancia cuidadoso examiné.

Y allí en la sencilla estancia
que aromaba la fragancia

de la noche misteriosa,
y á la incierta luz dudosa
de la lámpara, miré
cómo de un clave sonoro por el lírico teclado
iba una niña, en alado
y en limpio rumor de plata,
dejando en el eco leve de la noche suspendidos
los bulliciosos sonidos
de una alegre serenata.

Fingía el clave sonoro
con su melódico acento
el blando rumor del viento
cuando en las mieses de oro
tiende sus alas sutil, [dales
y en la sombra sin rumores de unos viejos roble-
el bullicio sin sosiego de unas locas pastorales
donde alegres preludivan unas flautas guturales
y un sonoro tamboril.

Era una fiesta pagana
la que el teclado fingía,
fiesta de amor y alegría
bajo la lumbre galana
de una mañana triunfal,
y en ella el amor tenía,
por ser el rey de la fiesta,
tupido palio en la fronda sin rumor de la floresta,
y en la hierba florecida tendido lecho nupcial.

Y oculto en la verde umbría,
soplando en agreste caña,
barbudo fauno encendía
las selvas con su rumor,
y al influjo de aquel fuego los alegres bailarines
iban dejando las danzas y en los oscuros con- [dales
de las selvas oficiaban en los ritos del amor. [fines

Y en el teclado sonoro,
sobre la agreste siringa,
sobre las mieses de oro,
sobre la llama del cielo
y el débil aire sutil,
se escuchaban en la sombra de los viejos roble-
el prelude bullicioso de las flautas guturales [dales
y el redoble acompasado del sonoro tamboril.

Y en tanto, la virgen pura
que en el clave recitaba,
sus sentidos embriagaba
de una feliz ilusión,
y en la triunfal armonía
la virgen pura soñaba,
por la clara lejanía de un luminoso sendero,
ver llegar á un caballero
que victorioso traía
sujeta el ave esperanza con las plumas de su ai-
[rón.

ooo

Pasaron después los años,
y yo, errante peregrino,
cansado de mi destino
torné de nuevo al camino
y hacia mi patria volví.
Y, al pisar los patrios lares,
y ver los mismos lugares,
en la luz de mi memoria
de aquella noche la historia
reverdecida sentí.

Y ansiando saber curioso
de aquella aparición pura
cómo siguió la aventura
y en qué término acabó,
á todos cuantos hallaba
por la historia preguntaba
para escuchar qué sabían,
y todos me respondían:
¡de estos lugares partió!

—Y en el feliz peregrino
que por el sendero vino,
¿no visteis pompa escarlata
y en la cimera de plata
sujeta el ave cantora de una feliz ilusión?
—No; que el traidor caballero
que vino por el sendero,
mostraba obscuro ropaje
y en la gala del plumaje
llevaba la negra noche prendida como un jirón.

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

NUESTRAS
VISITAS



FRANCISCO MORANO



FRANCISCO MORANO
(Dibujo del natural por Vázquez Díaz)

CUÁNTO tiempo hacía que no trabajaba usted en Madrid, Paco?

—Pues desde hace tres años que estuve en el Español contratado por el Dr. Madrazo, pero con la expresa condición de no estrenar yo ninguna obra de dicho señor.

Durante su conversación, Morano tiene momentos en que entorna los ojos, con cierta presunción de hombre guapo. Es un gesto, mezcla de fatuidad y de cansancio, gesto de caballero galán, que parece decir: «Bah; estoy seguro de

mi valor físico; soy un hombre bastante guapo; estoy hastiado de mis triunfos; para mí la vida no tiene secretos.»

Nosotros, si fuésemos muy amigos de Paco Morano, le aconsejaríamos que ese gesto lo sustituyese con otro que expresara sencillez é inocencia. No hay nada más simpático que un hombre de valía, aparentando no estar enterado de sus méritos. A las mujeres las desconcierta y encanta la risa inocente y aniñada de un rostro varonil y bello.

... Y el insigne actor, después de un corto silencio, prosiguió con su voz de trueno:

—Tenía muchos deseos de trabajar en Madrid y si no hubiese sido por la delicada atención de Fernando ¡qué sé yo cuándo hubiese podido realizar mi deseo!...

—¿Es usted empresario?

—Sí, señor; con Fernando.

—¿Será muy larga su temporada?

—Durará hasta el cuatro de Noviembre.

—¿Está usted satisfecho del público?...

—Satisfechísimo... Un día con otro, en este caluroso mes de Septiembre, estamos haciendo una recaudación media de mil trescientas pesetas, cosa que yo no esperaba.

Hicimos una pausa durante la cual yo meditaba una pregunta y él esperaba inquieto mis palabras.

—Hábleme usted algo de su infancia... ¿Recuerda usted sus primeros años en la vida teatral?...—le pregunté al fin.

El rostro de Morano se alegró. Volver los ojos a los años vividos siempre es un deleite.

—Me acuerdo de todo—comenzó rememorando—. Yo soy madrileño y si no hubiese nacido en Madrid querría haber nacido en Barcelona... Me gusta aquello muchísimo. Allí me crié; porque mi padre era jefe bibliotecario y además tenía otros cargos de importancia en la capital de Cataluña.

—¿Sentía usted desde muy pequeño inclinación por el teatro?

—No, señor; verá usted. Yo estudiaba y era hasta aplicado... Al mismo tiempo tenía dos amigos íntimos, con los cuales, en las horas de recreo, me entretenía en hacer comedias... Esto fué despertando mi afición a las tablas de tal manera, que una noche le dije a mi padre que yo quería ser cómico. Figúrese usted la escena. Mi padre, aterrado de que yo le fuese poniendo en ridículo por los escenarios, se horrorizó. Tanto le lloré y le supliqué, que al fin conseguí que mi hombre accediese. Un hijo del portero que mi padre tenía en la biblioteca era cómico, pero un cómico de la legua... Con él me fuí a América, de segundo apunte con la obligación de hacer papeles, y me daba un durito... ¡Un durito y en América!... ¡No tenía ni para botas!...

—¿A qué edad era todo eso?...—inquirí.

Morano meditó; barajó números con la imaginación y repuso:

—Quince años. Bueno...; que llegué a ser un segundo apunte colosal; porque como yo tengo una memoria formidable...

—¿Sí?

—¡Espantosa!... Me sabía todos los libros al dedillo y daba las salidas con una precisión admirable; y mire usted qué coincidencia; el primer papel que yo he hecho en el teatro fué el segundo apunte de *Un drama nuevo* y me valió una ovación que no olvidaré en mi vida. Por América rodé varios años. Allí llegué al puesto de primer actor. Volví a España y me contraté con la Tubau; por cierto que, a pesar de haber sido galán joven en América, en la Compañía de la Tubau entré de «ra-

cionista»... Estuve con ella tres temporadas; después pasé a Lara; de allí a la Comedia y... ¡a vivir!

—¿Quién ha sido su maestro en el teatro?...

—Mi maestro fué Miguel Cepillo; él me hizo actor y a él le debo todo lo que soy.

—¿Le cuesta a usted mucho trabajo aprenderse los papeles de las obras?...

—¡Ninguno, absolutamente!... Yo, mi papel, por lo general, no lo estudio. Me basta leer la obra dos veces y me sé perfectamente el papel de todos y el mío. ¡No le digo a usted que tengo una

memoria que asusta!... Para mí, el apuntador sobra; en las obras en verso jamás me sigue.

—¿Qué teatro le gusta a usted más hacer?...

—El de Benavente. Es más agradecido porque es más humano, más real; le cuesta menos trabajo al actor meter al público en situación... Allí los personajes visten como ellos, y lo que ocurre en la escena puede ocurrir ó estar ocurriendo en cualquier hogar de los espectadores.

—¿Qué estrenará usted en la Princesa?...

—*El Intérprete*, de Felipe Sassone. Es esta una obra originalísima, que por provincias ha gustado una enormidad; después, *La Tizona*, de Alarcón, que será un éxito literario; *El Mercader de Venecia*, *El obscuro dominio*, *El negocio es el negocio*, cuyo estreno ya está anunciado para el lunes; *La Llamada*, y *El Cardenal*... Mi propósito es estrenar todas éstas, luego veremos a ver lo que las circunstancias y el soberano público disponen.

—¿En cuál tiene usted más esperanzas?...

Titubeó un instante.

—No sé... *El negocio es el negocio* es una obra muy valiente y muy intensa... Creo que gustará mucho.

—Y usted, ¿no opina que el arte escénico atraviesa por una época de decadencia?...

Morano quedó un poco sorprendido por mi pesimismo. Y contra él, se rebeló rápido.

—Yo creo que no. Al contrario. El teatro nunca ha estado como ahora de floreciente, sobre todo en actores... Yo recuerdo, y he oído decir, que en épocas anteriores, y cuando más ha estado en su apogeo, han sobresalido uno ó dos actores nada más. Y ahora hay seis ó siete de gran mérito. No señor, el teatro no está en decadencia; el que está en decadencia es el público, que nos abandona, que abandona el arte por la película y por la pantorrilla.

—Entonces, ¿usted cree que el *cine* ha perjudicado al teatro?...

—Nada de eso. Me parece que lo ha beneficiado...

Sin reparar en mi admiración, continuó:

—Había una gran masa de público que no acostumbraba a ir al teatro, y que el *cine*, con la golosina de los 30 ó 50 céntimos, lo ha sacado de sus casas, y ya, a fuerza de la costumbre, ha terminado por ser «público de espectáculos» y asistir a los teatros.

—Vamos a ver; ¿qué actor...?

Morano me contestó antes de terminar mi pregunta.

—No me pregunte usted eso... Todos son compañeros míos, ¿qué quiere usted que le diga?... La preferencia de uno podría mo-



Francisco Morano, con la mayor de sus hijas



El ilustre actor Francisco Morano, acompañado de su señora y de sus cinco hijos

FOTS. SALAZAR

lestar á los demás, y como mi opinión no tiene valor, por ser la de un profesional, ¿para qué he de dársela?... La del público es la más justa. A mí me parecen todos buenos.

—Esa respuesta está muy bien, Paco. Vamos á otra pregunta. ¿Ha hecho usted capital?

—Ni una linda peseta; acaso el poco dinero justo para ir pagando nóminas... ¿Usted no sabe que yo soy casado y que tengo cinco hijos? ¡Cinco hijos!... Fíjese usted si hace falta hacer comedias para sostener-

los decorosamente... Para cinco hijos ya es necesario tener una zapatería propia y una sastrería y una tienda de comestibles, y ¡qué sé yo!

—¿Qué época recuerda usted con más gusto?

—La actual...

—¿Por qué siente usted preferencia después del teatro?...

—Por la fotografía y por la pintura... Yo tengo mis máquinas y mi laboratorio, mi caballete y mi paleta y mis pinceles; ¡pero no se lo diga usted á nadie!...

—Descuide usted... Mi misión es callar todo. Siempre callar, y á ratos escribir lo que tengo callado...

EL CABALLERO AUDAZ



Francisco Morano caracterizando tres tipos diferentes de viejos protagonistas de obras de su repertorio

LA ESFERA

DEL HUMORISMO ESPAÑOL

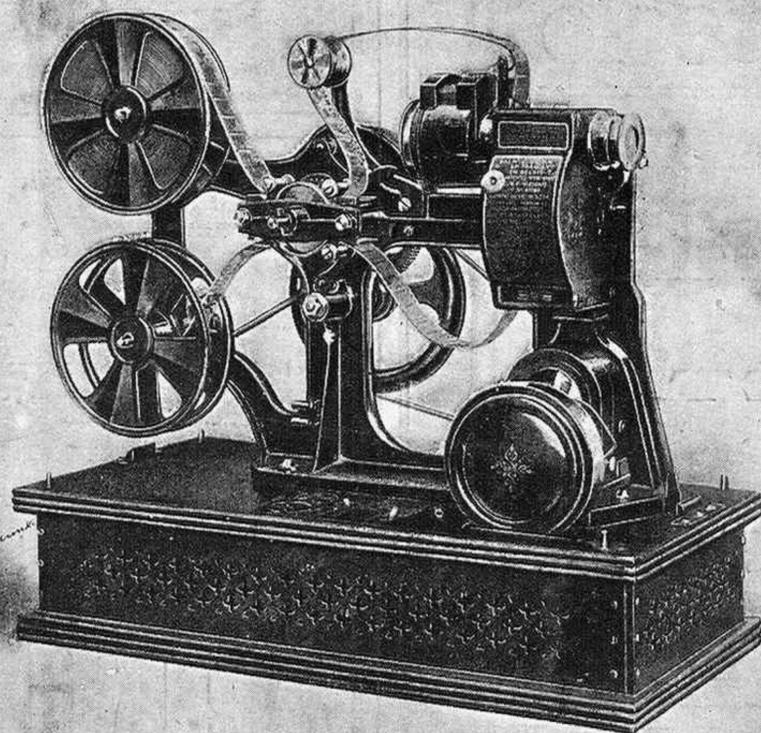


UNA APASIONADA DE BELMONTE, caricatura por López Sancho

CINEMATÓGRAFO



KOK



No necesita instalación especial; no exige operador:
un niño puede manejarlo sin el menor peligro * Las
películas son incombustibles * Puede enchufarse á
la instalación de una bombilla eléctrica corriente
y puede manejarse á mano

AGENTES EXCLUSIVOS PARA ESPAÑA Y PORTUGAL:

VILASECA Y LEDESMA

MAYOR, 18
: entresuelo :

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

Del Amor,
Del Dolor
y
Del Misterio

LIBRO DE POESÍAS

originales de

EMILIO CARRÉRE

4 PESETAS

Pídase á "Prensa Gráfica" Hermosilla, 57, Madrid

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

K Â U L A K
FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4 MADRID

IMPRESA DE «Prensa Gráfica», HERMOSILLA, 57, MADRID

*Lea Ud. todos los meses
la interesantísima revista*

Por Esos Mundos

Arte ≈ Ciencias ≈ Literatura ≈ Historia ≈ Teatro
Modas ≈ Deportes ≈ Poesía ≈ Viajes ≈ Novelas
Actualidad ≈ Encuestas ≈ Curiosidades ≈ Concursos

PRECIO: UNA PESETA EN TODA ESPAÑA

"LA ESFERA" Y "MUNDO GRAFICO"

ÚNICOS AGENTES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA:

ORTIGOSA Y COMP.ª, Rivadavia, 698, Buenos Aires

NOTA. Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes SRES. ORTIGOSA Y C.ª, únicas personas autorizadas.

EN PRENSA

Este es el mal

de que agoniza España...

POR

DIONISIO PÉREZ

Un tomo, de más 200 páginas,

2,50 PESETAS

Los corresponsales de «Prensa Gráfica» pueden hacer sus pedidos á esta Administración

En la República Argentina: **Sres. Ortigosa y Cia., RIVADAVIA, 698, BUENOS AIRES**

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS